

SAN AMBROSIO

**LOS SACRAMENTOS
Y LOS MISTERIOS**

(De Sacramentis et de Mysteriis)

Prólogo, traducción y notas de

Benjamín Agüero

Serie
Los Santos Padres
N.º 33

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-545-1991

I.S.B.N.: 84-7770-198-9

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN AMBROSIO Y SUS OBRAS

Nació Ambrosio en las Galias, probablemente en el año 340 en Tréveris, donde su padre ejercía las funciones de prefecto. Muerto éste, su madre le llevó a Roma, donde recibió una esmerada formación en letras y leyes. En 374, Valentiniano I le designó gobernador de las provincias Emilia y Liguria, cuya capital era Milán.

Desde el año 355 Dionisio, el obispo legítimo de Milán, permanecía desterrado, habiendo sido suplantado por el arriano Auxencio. Este, durante veinte años, oprimió a los católicos que, por aquella época, constituían, en su mayor parte, la clase media y popular en la ciudad episcopal. Engrosaban, en cambio, las filas del arrianismo, los cortesanos, los funcionarios y los oficiales y soldados palatinos, a quienes se llamaba “godos”. El sostén más fuerte del catolicismo lo constituía la corporación de mercaderes de Milán: el “corpus omne mercatorum”.

En la época de Auxencio, los católicos quedaron despojados de sus iglesias. Dos eran las basílicas milanesas, dotadas ambas de baptisterio. La gran catedral, llamada Fausta o nueva, que San Ambrosio llamará “Basílica nueva, esto es, la que está intramuros, que es la mayor” (*Epíst.* XX, 1). Y la basílica llamada Porcia, o porciana, de ésta dirá el Santo: “La basílica vieja, la iglesia menor” (*Epíst.* XX, 10), que se hallaba extramuros. Volveremos a hablar de ella.

El obispo Dionisio acababa de morir (año 374) cuando Ambrosio fue designado gobernador. Se hizo cargo de sus funciones y gozó de gran prestigio, por sus dotes de hombre de Estado, la rectitud de su proceder y la firmeza de su conducta.

Muerto Dionisio hubo que proceder a la designación del reemplazante. Pero la elección del nuevo diocesano iba tomando mal cariz, porque, en medio de tumultos veíase comprometido el orden de la ciudad, y sus habitantes no se avenían a deponer sus insalvables divergencias. Fue entonces cuando Ambrosio llegó a la ciudad con propósitos pacificadores. Y en esa oportunidad —se dice—, un niño comenzó a clamar entre la multitud: “¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo!”, seguido después por el clamor de todos.

Según lo que fue Ambrosio después, no cabe duda que en esta oportunidad, la voz del pueblo fue la voz de Dios.

El año 374, luego de resistir cuanto pudo y hasta intentar una huida —todo lo cual frustró la Providencia—, se resignó Ambrosio a cargar con el pesado yugo del episcopado. Por aquellos días, apenas era “catecúmeno”. En una semana fue bautizado, recibió las órdenes sagradas y fue consagrado obispo.

Hombre de acción y letras, se dedicó de inmediato a estudiar profundamente la doctrina cristiana. Entregóse de lleno a Cristo y enajenó sus bienes, distribuyendo el producto entre los pobres. Llegó hasta vender los vasos sagrados para redimir cautivos. Su alma de padre recibió sorprendentes ensanchamientos y el Espíritu Santo le “enriqueció la garganta” con sagrada elocuencia, llena de “espiritual unción”. Su palabra cautivaba a la muchedumbre e hizo profunda mella en el generoso espíritu de Agustín, el futuro santo obispo de Hipona, y dispipó sus últimas dudas (*Confesiones*, I, V, cap. 13; I, VI, c. III y IV; *De utilitate credendi*, c. VIII).

El católico

La acción de Ambrosio desbordó su ciudad episcopal. Fue en Occidente el defensor de la doctrina católica. Asistió al Concilio de Aquilea (381), donde fueron depuestos Paladio y Secundino, obispos arrianos. En 381 presidió un concilio de obispos del vicariato de Italia, que condenó al apolinarismo. En 382 estuvo junto a San Epifanio de Salamina y Paulino de Antioquía en el Concilio Romano, y tanto era el prestigio de que gozaba, que inmediatamente después del Papa San Dámaso, se le hizo firmar las actas conciliares. En 390 celebró en Milán un concilio contra Joviano,

en el cual confirmóse la sentencia pronunciada, el año anterior en las Galias, contra los itacianos.

El jefe y pastor

Así como había influido ante Valentiniano I, así también lo hizo ante Graciano y, después, ante Valentiniano II y Teodosio. La madre de Valentiniano II, la emperatriz Justina, que apoyaba el arrianismo, encontró en Ambrosio un adversario irreductible. Justina reclamaba para los arrianos la basílica Porcia o, en su defecto, la basílica nueva (años 385 y 386). Fue en esta ocasión cuando Ambrosio decidió las cosas mediante un enérgico procedimiento. Hizo ocupar el sagrado recinto por los fieles, que no lo abandonaron hasta lograr el afianzamiento de sus derechos. Organizó, para entretener piadosamente a sus fieles y obtener la ayuda celestial, el canto de salmos e himnos a dos coros. En el *Hexaemeron* (III, V, 23) se dice que, cuando cantaban, se hubiera creído oír en la iglesia el bramido de las olas del mar (1).

Sirvióse el canto para la enseñanza del dogma, pudiéndosele considerar como uno de los primeros, si no el primero, que utilizó en Occidente el canto con esta finalidad misional. Nos dice al respecto S. S. Pío XI: “En Milán los herejes reprochaban a San Ambrosio que fascinaba a la muchedumbre con los cantos litúrgicos, cantos éstos que impresionaron al mismo Agustín y le inspiraron la resolución de abrazar la fe cristiana” (2). Y declara el mismo San Ambrosio: “Dicen que engaño al pueblo con el encantamiento de mis himnos. No lo niego. Es un gran encantamiento, y no hay otro que sea más poderoso. ¿Qué más poderoso, en efecto, que la confesión de la Trinidad, repetida cada día por la boca de todo un pueblo?” (3). Fue, como dice Largent, “el verdadero introductor de la poesía lírica en el Occidente cristiano... Ambrosio habitó a los católicos a repetir los himnos de que era autor” (4).

Frente al César

A la muerte de la emperatriz Justina, Valentiniano II pudo, al fin, ser ganado definitivamente para la causa de Cristo. Así,

movido por Ambrosio, impidió se restableciese en el Senado la estatua idolátrica de la Victoria, uno de los últimos chispazos del paganismo agonizante. Asesinado Valentiniano II por orden del godo Arbogasto (año 392), Teodosio quedó dueño del imperio.

Ambrosio fue su amigo leal: hablóle siempre el viril lenguaje de la verdad evangélica, sin desfallecimiento, sin poner sus miras en ventajas temporales. Indújole a revocar un edicto que perjudicaba injustamente a los católicos de la Mesopotamia (año 388) (6).

Después de la matanza ordenada por Teodosio en Tesalónica, para vindicar a sus funcionarios (acto cruel a que le impulsó el desmedido celo de su dignidad imperial), Ambrosio le impidió la entrada en el templo y le impuso penitencia pública, que el gran emperador cumplió humildemente despojado de todas sus insignias (7).

Murió Teodosio el 17 de enero del 395. Ambrosio habría de sobrevivirle sólo dos años, pues se durmió en el Señor la noche del Sábado Santo del año 397. La Iglesia, que le cuenta entre sus más grandes doctores, celebra su festividad el 7 de diciembre.

El escritor

La estructura mental de San Ambrosio es netamente romana. Persigue primordialmente fines prácticos y morales. Con todo, penetra —pero sin gran vuelo— en el sentido místico de la Escritura y, mediante acomodaciones de gran poder plástico, graba en sus oyentes la realidad suprasensible mediante vigorosas imágenes tomadas de la realidad sensible. Devuelve sus lecciones con argumentos tomados, generalmente, de la Biblia y de la Tradición.

Dice Villemin: “Se siente en su lengua y estilo, una hermosa tradición de antigüedad. Los dos escritores cuya imitación es más sensible en el genio de Ambrosio, son Tito Livio y Virgilio. A éstos les agregaría con gusto a Cicerón y Séneca” (8). Y agrega Thamin: “Pero sobre todo Virgilio..., que fue el poeta preferido por San Ambrosio, a juzgar por el considerable número de citas más o menos visibles que hace de él” (9).

Sus escritos *exegéticos* son muy numerosos (homilías, tratados morales y ascéticos), entre los cuales descuellan: “De officiis ministrorum”, “De virginibus”, “De viduis”. *Dogmáticos*, en

especial; “De fide ad Gratianum” (defensa del dogma de la divinidad del Verbo), “De Spiritu Sancto ad Gratianum augustum” (defensa del dogma de la consubstancialidad del Espíritu Santo), “De Incarnationis dominicae sacramento” (contra arrianos y apolinaristas), “De poenitentia” (contra los navacianos). En este último halláranse valiosos testimonios acerca del poder de absolver de la Iglesia, y de la necesidad de la confesión y del mérito de las buenas obras.

Además, nos ha dejado hermosos discursos, especialmente oraciones fúnebres y Cartas o *Epístolas*, de grandísimo interés histórico cuyo número oscila en noventa y uno.

Ya hemos mencionado sus *Himnos*. En especial, cuatro se le reconocen indudablemente: *Deus Creator omnium*, *Aeterne rerum conditor*, *Jam surgit hora tertia*, y *Veni Redemptor gentium*. En cambio, es seguro que el *Te Deum*, que se le atribuía, no le pertenece (10).

Dice Federico Ozanam que sus himnos están “llenos de elegancia y de belleza; de un carácter totalmente romano por su gravedad, con un no sé qué de viril en medio de las tiernas efusiones de la piedad cristiana” (11).

Doctrina

San Ambrosio sostiene en la fe, lo que ha recibido de la Iglesia de la fuente de la Escritura y de la Tradición. Alaba la inviolable pureza de la fe romana: “*Credatur — dice — Symbolo apostolorum quod ecclesia romana semper custodit et servat*” (12). “Donde está Pedro — afirma — allí está la Iglesia” (13).

Venera la Escritura como palabra de Dios, que los herejes usan y tergiversan sin derecho. Defiende con notable precisión el dogma de la Trinidad, y el de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Nadie explica mejor que él lo relativo a las dos voluntades (la humana y la divina) del Salvador (14). Proclama el dogma de la maternidad divina de María. Exclama: “¿Quién más noble que la Madre de Dios?” (15). Afirma su perpetua virginidad (16).

Es admirable su precisión y realismo al sostener la presencia real de Cristo en el sacramento del Altar, que llama sagrados misterios.

DE SACRAMENTIS

Este tratado “*De (o “acerca de) los Sacramentos*” que titulamos sencillamente: “*Los Sacramentos*”, ha sido discutido, en cuanto a si pertenecía o no a San Ambrosio. Su autenticidad ha sido especialmente atacada por los protestantes en el siglo XVII.

Después de los últimos estudios efectuados por eminentes especialistas, en particular los RR. PP. B. Botte, Morin, Faller y Conolly, no puede dudarse que sea de San Ambrosio. Ya no pueden aducirse razones probatorias contra una autenticidad avalada por la tradición y la crítica interna y externa.

Cuanto más, podría concederse, con Probst (17), que, tal vez, no ha sido escrito por el mismo Santo, sino por personas que siguieron sus catequesis y las estenografiaron; o, con Schermann, que es una compilación de varios trozos hecha por el mismo San Ambrosio (18).

Puede consultarse la comparación de textos paralelos de los puntos principales de *Los Sacramentos* y *Los Misterios* en *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie* (art. *Baptême*), t. II (1.^a p.) col. 319-320).

El texto latino puede consultarse en *Patrología Latina*, t. XVI, col. 417-462. Para la presente traducción se ha utilizado, con las variantes de códices ordenados por el R. P. *Bernard Botte*, O. S. B.

DE MYSTERIIS

“*De (O “acerca de) los Misterios*” o simplemente “*Los Misterios*”. De este tratado, como del anterior, se desconoce el año exacto de su composición por San Ambrosio. Constituye una serie de pláticas dirigidas a los recién bautizados, en las que el santo los introduce en la contemplación del misterio de la regeneración por el Bautismo y de la realidad eucarística, tratando de incitarles a la Comunión frecuente, diaria si es posible.

Sus frases son breves y a veces nerviosas, con esa agilidad característica de nuestros tiempos actuales. Con frecuencia sus imágenes y expresiones resultan sorprendentemente nuestras, con sabor de modernidad.

Para su traducción se ha seguido el texto latino, que puede hallarse en la *Patrología Latina* (t. XVI, col. 389-410), con las variantes consignadas por el ya nombrado Padre Botte, que ha sido nuestro guía permanente.

Nota importante

En el texto traducido, todo lo que va entre paréntesis es agregado nuestro, que hemos intercalado con el fin de hacer más fácil la comprensión a la mayoría. Nos hemos esmerado para que la traducción fuese lo más exacta posible, según la letra y el espíritu del Santo Doctor Ambrosio. Los números marginales, en arábigo, son los primitivos del texto latino.

Buenos Aires, día de la Asunción de María, 1953.

BENJAMIN AGÜERO

NOTAS

1. "Bene mari plerumque comparatur ecclesia, quae... in oratione totius plebis tanquam undis refluentibus stridet, cum responsorii psalmodum, cantus virorum, mulierum, virginum, parvulorum, consonus undarum fragor resultat" (P. L., t. XIV, col. 165 c-d).
2. *Act. Ap. Sedis*, t. XXI, 1929, pág. 33 (Cita de *Tu es Petrus*, p. 792).
3. *Sermo contra Auxentio de basilicis tradendis*. P. L., t. XVI, col. 1.017-1.018.
4. Cf. San Agustín: *Confesiones*, I, IX, c. VII.
5. Cf. *Vita San Ambrosio a Paulino conscripta*, n. 20. P. L. t. XIV, col. 33-34.
6. Se les quería obligar a reedificar una sinagoga (*Epist.* XII. P. L. t. XVI, col. 1.101-1.121).
7. Cf. *Epist.* LI, P. L., t. XVI, col. 1.160-1.164.
8. Artículo "St. Ambroise" en *Biographie universelle* de F. Didot.
9. "St. Ambroise et la morale chrétienne au IV Siècle", c. VII.
10. Es del obispo Nicetas de Remesiana (fines s. IV). Su uso litúrgico se generalizó en Occidente en el siglo VI.
11. *La civilisation au IV Siècle*.
12. *Epist.*, 42, 5 (P. L., t. XVI, col. 1.125).
13. *In psalm.* XL, 30 (P. L., t. XIV, col. 1.082).
14. In Lucam, I, X, n. 60 (P. L., t. XV, col., 1.819). *De fide ad Grat. august.*, I, II, c VII (P. L., t. XVI, col. 570).
15. *De virginibus*, I, II, c. II (P. L., t. XVI, col. 209).
16. *De Virg.*, I, II, c. II (Ibidem) y *De institutione virginis*, c. VIII (P. L., t. XVI, col. 320).
17. *Liturgie des vierten Jahrhunderts* (p. 232).
18. *Römische Quartalschrift* (t. XVIII, p. 36 y 237).

LOS SACRAMENTOS

LIBRO PRIMERO

I

1. Emprendo la explicación de los sacramentos que vosotros habéis recibido. No hubiera sido conveniente que se lo hiciera antes, pues en el cristiano lo primero es la fe. Así, en Roma, se da el nombre de fieles a los que han sido bautizados, y nuestro padre Abrahán fue justificado por la fe, no por las obras. Por tanto, si recibisteis el bautismo fue porque creísteis. No me es lícito suponer otra cosa, pues no habrías sido llamado a la gracia si Cristo no te hubiera juzgado digno de su gracia.

2. ¿Qué hicimos, pues, el sábado? La *apertura* (1), indudablemente. Se celebraron los misterios de la apertura cuando el sacerdote te tocó los oídos y la nariz. ¿Qué significa esto? En el Evangelio nuestro Señor Jesucristo, cuando le fue presentado un sordomudo, le tocó los oídos y la boca; los oídos porque era sordo, la boca porque era mudo, y dijo: *Effetha* (2). Esta es una palabra hebrea que significa «ábrete». Es, pues, por esto que el sacerdote te tocó las orejas; para que tus oídos se abriesen a la palabra y alocución del sacerdote.

3. Pero, me preguntas: ¿Por qué la nariz? (3). Allí porque era un mudo, le tocó la boca, para que quien no podía hablar de los misterios celestiales, recibiese la voz de Cristo. Y, en aquella ocasión se trataba de un varón, mientras que aquí se bautizan también las mujeres, y la pureza del siervo no es tanto como la del Señor —puesto que éste perdona los pecados, mientras que al siervo le son perdonados ¿cómo podría comparárselos?—, así, pues, por respeto al acto y a la función, ahora el obispo no toca la

boca sino la nariz. ¿Por qué la nariz? Para que recibas el buen olor de la piedad eterna, para que digas: “Somos el buen olor de Cristo para Dios”, como dijo el santo Apóstol (4), y haya en ti la fragancia plena de la fe y de la devoción.

II

4. Hemos venido a la fuente (bautismal), has entrado, has sido ungido. Considera lo que has visto, considera lo que has dicho, recapacítalo diligentemente. Acudió a tu encuentro un levita, te recibió un presbítero. Fuiste ungido como atleta de Cristo (5), como quien tiene que luchar en la lucha de este mundo, hiciste profesión de luchar a brazo partido tus combates. El que lucha sabe lo que le espera: donde hay combate, hay corona (6). Luchas en el siglo, pero serás coronado por Cristo; y por los combates que sostengas en el siglo, serás coronado. Pues, aunque el premio esté en el cielo, aquí en la tierra está, en cambio, aquello que lo merece.

5. Cuando se te interrogó: “¿Renuncias al diablo y a sus obras?”, ¿qué respondiste? “¡Renuncio!”. “Renuncias al mundo y a sus placeres?”, ¿qué respondiste?: “¡Renuncio!”. Acuérdate de tu palabra y jamás pierdas de vista las consecuencias de la garantía que prestaste. Si firmas un recibo a favor de alguien, se te tendrá como obligado a recibir su dinero, se te tendrá como obligado estrictamente, y el acreedor (de tu contraprestación) te constriñe (7). Si rehúsas, vas a buscar al juez y allí eres convencido por tu garantía.

6. Considera dónde prometiste y a quiénes prometiste. Viste un levita, pero él es ministro de Cristo. Le viste ejercer su ministerio ante el altar. Por tanto, tu compromiso se mantiene en el cielo, no en la tierra. Considera dónde recibes los sacramentos celestiales. Si aquí está el cuerpo de Cristo, también aquí se han establecido los ángeles: “donde está el cuerpo están las águilas” (8), leíste en el Evangelio. Donde está el cuerpo de Cristo, también están las águilas que acostumbran volar para huir de lo que es terreno, buscando lo celestial. ¿Por qué digo esto? Porque los hombres que anuncian a Cristo son también ángeles y se les tiene como llamados a ocupar lugar de ángeles.

7. ¿Cómo? Escucha. El Bautista era Juan, nacido de varón y de mujer. Con todo, oye: él también es un ángel: “He aquí que envío a mi ángel delante de tu faz y él preparará tu camino delante de ti” (9). Oye esto otro. El profeta Malaquías dice: “Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de sus labios se ha de aprender la ley, porque él es ángel de Dios omnipotente” (10). Se dice esto para que proclamemos la gloria del sacerdote, y nada atribuyamos a nuestros méritos personales.

8. Has renunciado, pues, al mundo, renunciaste al siglo. Manténte vigilante. El que debe dinero tiene cuentas siempre de su garantía. Y tú, que debes la fe a Cristo, guarda la fe que vale mucho más que el dinero. La fe, en efecto, es una riqueza eterna, el dinero, en cambio, temporal. Por tanto, tú también recuerda siempre lo que has prometido: serás más cauto. Si cumples tu promesa, guardarás también tu garantía.

III

9. En seguida te acercaste, viste la fuente y también al sacerdote junto a la fuente. Tampoco debo suponer que os asaltó el mismo pensamiento que a aquel Naamán el sirio (11). Porque aunque fue limpiado, con todo dudó al principio. ¿Por qué? Escucha, lo diré.

10. Entraste, viste el agua, viste el sacerdote, viste el levita. No sea que alguien pudiera decir: “¿Y esto es todo?” Sí, es todo, verdaderamente todo, allí donde está toda inocencia, toda piedad, toda gracia, toda santificación. Viste lo que pudiste ver con los ojos del cuerpo y con las miradas humanas: no viste aquellas cosas que se realizan (en el plano sobrenatural), sino sólo las que se ven (en el plano natural). Mucho más grande son las cosas que no se ven que las que se ven, *porque las que se ven son temporales, y eternas las que no se ven* (12).

IV

11. Por tanto, digamos primero: “Guarda la garantía de mi palabra (es decir, lo que prometí con mi voz) y exige su cum-

plimiento”. Admiramos los misterios de los judíos que fueron dados a nuestros padres, primero por la antigüedad de sus sacramentos, y después por la prestancia de su santidad. Prometo, con todo, mostrarte que más divinos y anteriores son los sacramentos de los cristianos que los de los judíos.

12. ¿Qué cosa más extraordinaria —para hablar ahora del Bautismo— que el paso del pueblo judío por el Mar (Rojo)? Con todo, los judíos que le atravesaron murieron todos en el desierto (13). En cambio, el que pasa por esta fuente (bautismal), vale decir, el que pasa de las cosas terrenas a las celestiales —porque este es tránsito, y por ende “pascua” (pasaje), este es su tránsito del pecado a la vida, de la culpa a la gracia, de la inmundicia a la santificación—, el que pasa por esta fuente, no muere, sino que resucita.

V

13. Naamán era, pues, leproso (14). Una esclava dijo a su mujer: “Si mi señor quiere ser limpiado, vaya al país de Israel y hallará allí a quien puede quitarle la lepra”. Dijo esto a su dueña; ésta lo dijo a su esposo, y Naamán al rey de Siria, el cual —por serle muy querido Naamán— lo envió al rey de Israel. Oyó el rey de Israel que se le había enviado a alguien para que lo limpiara de la lepra, y rasgó su vestidura. Entonces el profeta Eliseo le mandó decir: “¿Por qué rasgaste tu vestidura como si no existiese Dios capaz de limpiar a un leproso? Envíale a mí”. Envióle, y en llegando díjole el profeta: “Vete, desciende al Jordán, sumérgete y sanarás”.

14. El comenzó a pensar para consigo y a decirse: “¿Y esto es todo? Vine de Siria al país de Judea y se me dice: “Vete al Jordán, sumérgete y sanarás. ¡Como si no hubiera ríos mejores en mi patria!” Le dijeron entonces sus servidores: “Señor, ¿por qué no haces lo que dice el profeta? Antes bien, hazlo y experimenta”. Entonces fue al Jordán, se sumergió y salió sano.

15. ¿Qué significa, pues, esto? Viste el agua. Pero no toda agua sana, sino que sana el agua que tiene la gracia de Cristo. Una cosa es el elemento y otra la consagración, una cosa es el acto y otra la operación. El acto se ejecuta con el agua, pero la eficacia

proviene del Espíritu Santo. El agua no sana si el Espíritu Santo no ha descendido y consagrado esa agua, tal como leíste que, cuando Nuestro Señor Jesucristo instituyó la forma (rito) del bautismo, vino a Juan, y Juan le dijo: “Yo debo ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí?” Cristo le respondió: “Déjame hacer ahora, porque así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia” (15). Mira, pues, cómo toda la justicia ha sido puesta en el bautismo.

16. Así, pues, ¿para qué descendió Cristo, sino para que la carne fuese purificada, esa carne que él asumió de nuestra condición? No necesitaba Cristo que se purificase de sus pecados, “él, que no cometió pecado” (16), pero sí lo necesitábamos nosotros, nosotros que quedamos sujetos al pecado. De modo que, si para nosotros fue instituido el bautismo, su rito fue propuesto a nuestra fe.

17. Descendió Cristo (al Jordán), allí estaba Juan que bautizaba, y he aquí que “el Espíritu Santo descendió como una paloma” (17). No descendió una paloma, sino como una paloma. Recuerda lo que dije: Cristo asumió la carne, no como carne, sino la verdad de esta carne, Cristo verdaderamente asumió la carne, mientras que el Espíritu Santo descendió del cielo no en la realidad de una paloma, sino bajo la apariencia de una paloma. Así, pues, vio Juan y creyó.

18. Descendió Cristo, descendió también el Espíritu Santo. ¿Por qué descendió Cristo y después el Espíritu Santo, siendo que el rito habitual del bautismo exige que primero sea consagrada la fuente y que después descienda a ella el que ha de ser bautizado? Porque el sacerdote entra y primero hace el exorcismo sobre la criatura que es el agua, y después hace la invocación y la plegaria para que la fuente sea santificada y se realice la presencia de la Trinidad Eterna (18). Cristo, en cambio, descendió antes (al agua del Jordán), y después el Espíritu Santo le siguió. ¿Por qué razón? Para que no pareciese que el Señor Jesús tenía necesidad del misterio de la santificación, sino para que se viese, por el contrario, que El mismo santificaba y también el Espíritu Santo.

19. Por tanto, Cristo descendió al agua y, como una paloma, descendió el Espíritu Santo. A su vez, Dios Padre habló desde el cielo (19). Tienes la presencia de la Trinidad.

VI

20. Que existió figura de este bautismo en el Mar Rojo, lo afirma el Apóstol cuando dice: “Nuestros padres fueron todos bautizados en la nube y en el mar” (20), y agrega: “Todas estas cosas les fueron hechas en figura”. Para ellos en figura, pero para nosotros en verdad. Moisés tenía entonces la vara de mando; el pueblo judío estaba rodeado. Por un lado, los egipcios con sus armas, por el otro, le detenía el mar, de modo que no podía pasar el mar ni desandar camino a causa del enemigo. Comenzaron entonces a murmurar (21).

21. Cuida no te seduzca el hecho de que fueran escuchados. Aunque les escuchó el Señor, con todo, no carecen de culpa quienes murmuraron. Cuando te hallares en aprieto, cree que te salvarás, no murmures, invoca, ruega, no prorumpas en quejas.

22. Moisés tenía su vara y conducía al pueblo de los hebreos, durante la noche una columna de luz, durante el día mediante una columna de nube (22). ¿Qué es la luz sino la verdad que derrama una luz clara y manifiesta? ¿Qué es la columna de luz sino Cristo Señor, que ha disipado las tinieblas de la incredulidad y ha infundido la luz de la verdad y de la gracia espiritual en el corazón de los hombres? Ahora bien, la columna de nube es el Espíritu Santo. El pueblo estaba en el mar y le precedía la columna de luz, seguía después la columna de nube como la sombra del Espíritu Santo. Ya ves, pues, cómo se nos ha mostrado la figura del bautismo por el Espíritu Santo y el agua.

23. También en el diluvio hubo ya entonces una figura del bautismo (23) y, en verdad, entonces no existían todavía los misterios de los judíos. Por tanto, si el rito del bautismo fue anterior, ves que los misterios de los cristianos son superiores a los de los judíos.

24. Mas, ahora, a causa de la flaqueza de nuestra voz en razón de la premura del tiempo, baste por hoy haber gustado siquiera los misterios de la sagrada fuente. Mañana, si el Señor nos da el poder de hablar y hasta de hacerlo con abundancia, beberemos más ampliamente. Es preciso que Vuestra Santidad (24) preste atento oído y tenga el ánimo más dispuesto, para que pueda retener lo que me sea dado colegir y enseñar acerca de la serie de las Escrituras, a fin de que tengáis la gracia del Padre y

del Hijo y del Espíritu Santo, Trinidad cuyo reino es perpétuo desde los siglos y ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. **San Hipólito** (*Trait. apost.*) hace mención en la víspera del bautismo de tres ritos sucesivos: imposición de manos, insuflación y signación de la frente, oídos y nariz. No menciona ni saliva ni óleo.

2. Marcos 7, 34.

3. Cf. *Misterios*, 4.

4. II Corintios, 2, 15.

5. Parece que se trata de una unción de todo el cuerpo, como en Oriente: Cf. San Cirilo de Jerusalén (*Cat. myst.*, 2, 3): es un rito de exorcismo. La liturgia ambrosiana conserva, para los enfermos, una fórmula antigua de unción: "Te unjo con el óleo santificado para que como soldado ungido y preparado para la lucha, puedas superar las catervas aéreas". Igual idea en San Juan Crisóstomo (*In. Epist. ad Colos.*, II, hom. 6, 4).

6. I Corintios 9, 25.

7. Es la clásica concepción de la obligación jurídica que, para el derecho romano (que perdura en el nuestro), era: "vinculum juris quo necessitate adstringimur alicujus solvendae rei"... (vinculo de derecho, por el que somos *constreñidos* con la necesidad de pagar alguna cosa).

8. Mateo 24, 28.

9. Mateo 11, 10.

10. Malaquías 2, 7.

11. IV Reyes, cap. 5.

12. II Corintios 4, 18.

13. Juan 6, 49 y 58.

14. IV Reyes 5, 1-14.

15. Mateo 3, 14-15.

16. I Pedro 2, 22.

17. Juan 1, 32.

18. Dos partes se destacan: el exorcismo y la consagración.

19. Mateo 3, 16-17.

20. I Corintios 10, 2.

21. Exodo 14, 9-11.

22. Exodo 13, 21.

23. Este simbolismo del diluvio, se deriva de I Pedro 3, 20, 21.

24. "Vuestra Santidad" o "Vuestra Caridad", eran títulos con que los oradores sagrados se dirigían a los fieles cristianos. ¡Qué respetuosa delicadeza por los miembros de Cristo!

LIBRO SEGUNDO

I

1. También en el diluvio hay una figura anticipada del bautismo. Lo comenzamos a explicar ayer (1). ¿Qué es el diluvio, sino el medio con que fue salvado el justo para que fuese semillero (propagador) de la justicia, y muriese el pecado? Por eso el Señor, viendo que se multiplicaban los delitos de los hombres, reservó un solo o justo (Noé) con su descendencia, en tanto ordenó al agua que excediese la cumbre de los montes. Y así, en aquel diluvio, hizo perecer toda la corrupción de la carne e hizo subsistir únicamente el linaje y el tipo del justo. ¿No es acaso el diluvio, lo que el bautismo, por el cual se borran todos los pecados y sólo resucitan el espíritu y la gracia del justo?

2. Hay muchas clases de bautismos, pero *uno solo es el bautismo*, exclama el Apóstol (2). ¿Por qué? Existen los bautismos de los gentiles (paganos), pero no son bautismos. Son abluciones, no pueden ser bautismos. Lávase la carne, pero no se borra la culpa. Por el contrario, se la contrae con esta ablución. Pero existían los bautismos de los judíos, unos superfluos, otros en figura. Y la figura misma nos aprovecha porque es anuncio de la verdad.

II

3. ¿Qué fue leído ayer? “Un ángel —dice (Juan 5, 4)— bajaba de vez en cuando a la piscina, y cada vez que el ángel des-

descendía, el agua se agitaba, y el primero que a ella bajaba se sanaba de cualquier enfermedad que le aquejase”. Lo cual representa la figura de nuestro Señor Jesucristo que debía venir.

4. Un ángel. ¿Por qué? Porque El mismo es el *Angel del gran consejo* (3). ¿Por qué de vez en cuando? Porque El estaba reservado para el ocaso (última hora), para detener el día en su mismo ocaso y diferir el crepúsculo. Cada vez, pues, que descendía el ángel, el agua se agitaba. Tal vez digas: “¿Por qué no se agita (el agua bautismal) ahora? Oye por qué: “Las señales (o prodigios) son para los incrédulos, la fe para los creyentes” (4).

5. “El que descendía primero, se sanaba de toda enfermedad”. ¿Qué quiere decir, “primero” ¿Primero por el tiempo o por la dignidad? Entiéndelo en ambos sentidos. Si en cuanto al tiempo, el primero que bajaba se sanaba antes: dicese del pueblo judío antes que de los pueblos gentiles. Si en cuanto al honor, el primero que descendía se sanaba: se trata del que tenía el temor de Dios, el anhelo de la justicia, la gracia de la caridad, el amor de la castidad ese era sanado preferentemente. Sin embargo, en aquel tiempo sólo uno era salvado. En aquel tiempo, digo, en figura, el primero que bajaba era el único sanado. ¡Cuánto más grande es la gracia de la Iglesia en la cual todos cuantos bajan (a las aguas del bautismo) son salvados!

6. Pero mirad el misterio. Vino nuestro Señor Jesucristo a la piscina, donde yacían muchos enfermos. Y fácilmente yacían muchos enfermos allí donde uno solo era curado. Dijo entonces al paralítico: “Baja”. Le respondió éste: “No tengo hombre” (que me baje al agua). Mira dónde eres bautizado; considera que el bautismo no viene sino de la cruz de Cristo, de la muerte de Cristo. Allí está todo el misterio porque padeció por tí. En El mismo eres redimido, en El mismo eres salvado.

7. “No tengo hombre”, dice. Es decir, “por un hombre vino la muerte y por un hombre viene la resurrección” (5). No podía bajar, no podía salvarse aquel que no creía que nuestro Señor Jesucristo había tomado carne de una virgen. En cambio, aquel que esperaba al “mediador entre Dios y los hombres, a Jesús hombre” (6), el que esperaba a Aquel de quien ha sido dicho: “Y el Señor enviará a un hombre que los salvará”, ese mismo decía: “No tengo hombre”. Y así mereció alcanzar la salud porque creía en Aquel que debía venir. Con todo, mejor

y más perfecto fuera si hubiese creído que Aquel cuya venida esperaba ya había llegado.

III

8. Mira ahora los detalles. Hemos dicho que precedió una figura (del bautismo) en el Jordán, cuando Naamán, el leproso, fue purificado (8). Aquella sierva entre los cautivos, ¿quién es, sino la que tenía los rasgos de la Iglesia y representaba su figura? Cautivo era, en efecto, el pueblo de los gentiles. Era cautivo. No hablo yo de la cautividad impuesta a un pueblo por un enemigo cualquiera, sino de aquella cautividad que es mayor, cuando el diablo, con los suyos, domina con su cruel imperio y somete bajo su yugo la cautiva cerviz de los pecadores.

9. Así, pues, tienes un bautismo (la purificación de Naamán), otro en el diluvio. Tienes una tercera especie cuando en el Mar Rojo nuestros padres fueron bautizados. Una cuarta especie en la piscina cuando el agua se agitaba. Te pregunto ahora, ¿debes creer que tienes la presencia de la Trinidad en el bautismo con que bautiza Cristo en la Iglesia?

IV

10. Así, dice, en efecto, nuestro Señor Jesucristo a sus Apóstoles en el Evangelio: “Id, bautizad a las gentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Palabra es ésta del Salvador (9).

11. Dime, hombre; invocó Elías fuego del cielo y bajó fuego del cielo (10). Invocó Eliseo el nombre del Señor y el hierro de la segur que se había sumergido surgió a la superficie del agua. He aquí otra especie de bautismo. ¿Por qué? Porque el hombre, antes del bautismo, como el hierro. En cuanto es bautizado ya no es como el hierro sino que, más leve, como leño fructífero se eleva. Tenemos aquí, pues, otra figura. Era una segur (hacha) con la que se cortaba leña. Se desprendió el mango de la segur, esto es, hundióse en el agua la segur. El hijo (discípulo) de profeta no

supo qué hacer, mas sólo atinó a rogar al profeta Eliseo y pedirle remedio. Entonces él arrojó el leño (al agua) y el hierro fue rescatado (11). Ves, pues, que en la cruz de Cristo (sagrado leño) se alivia la enfermedad de todos los hombres.

12. Otra cosa más —aunque no sigamos el orden de los hechos. Porque, ¿quién podrá abarcar todo lo que Cristo ha hecho, como dijeron los Apóstoles? (12)—. Moisés había llegado al desierto, y el pueblo tuvo sed y llegóse a la fuente de Mara (13) y quiso beber. En cuanto extrajo agua de ella, sintió su amargura y no pudo beberla. Por lo cual Moisés puso un leño en la fuente y el agua, que antes era amarga, comenzó a endulzarse.

13. ¿Qué significa esto, sino que toda criatura sujeta a la corrupción es amarga para todos? Aunque es suave por un cierto tiempo, aunque es agradable por un cierto tiempo, es amarga, que no puede quitar el pecado. Luego que la bebas tendrás sed, luego que comiences a gustar su suavidad, sentirás de nuevo su amargura. Es, pues, agua amarga. Pero, desde que ha recibido la cruz de Cristo, sacramento celestial, comienza a ser dulce y suave, y con razón suave porque hace desaparecer la culpa. Por consiguiente, si tanto poder tuvieron los bautismos en figura ¡cuánto mayor no ha de ser el del Bautismo de verdad!

V

14. Ahora, pues, reflexionemos. Viene el sacerdote, dice una oración sobre la fuente (bautismal), invoca el nombre del Padre, la presencia del Hijo y del Espíritu Santo (14), emplea palabras celestiales. Palabras celestiales, porque son palabras de Cristo, que nos dice que bauticemos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (15). Si, pues, por palabra de los hombres, por la palabra de un santo, hacía presente la Trinidad, cuanto más estará allí donde obra la palabra eterna. ¿Queréis saber si descende el Espíritu (Santo)? Oíste que descendió como paloma. ¿Por qué como paloma? Para que los incrédulos sean llamados a la fe. Al principio fue necesario que hubiese una señal; luego debe venir la perfección.

15. Oye otra cosa. Después de la muerte de nuestro Señor Jesucristo los Apóstoles estaban reunidos y oraban el día de Pen-

tecostés, y de repente sintióse un gran ruido como si un viento soprase con gran fuerza y se vieron como lenguas de fuego que se separaban (16). ¿Qué significa esto sino el descenso del Espíritu Santo? que quiso mostrarse a los incrédulos también en forma corpórea, es decir, bajo la forma corpórea mediante el signo, de manera espiritual mediante el sacramento. Es, pues, un testimonio manifiesto de su venida, pero a nosotros se nos ofrece el privilegio de la fe, porque al principio se hacían signos para los incrédulos, mientras que nosotros, que ya estamos en la plenitud de la Iglesia, debemos abrazar la verdad, no por el signo, sino por la fe (17).

VI

16. Examinemos, ahora, qué cosa sea lo que se llama bautismo. Viniste a la fuente, bajaste a ella, reparaste en el sumo sacerdote, viste los levitas y el presbítero en la fuente. ¿Qué es el bautismo?

17. Al principio Dios Nuestro hizo al hombre en forma tal, que si no gustara el pecado no muerte. Cometi6 el pecado, fue sometido a la muerte, fue arrojado del paraíso (18). Pero el Señor que quería hacer durar sus beneficios y aniquilar todas las insidias de la serpiente y también reparar todo lo que había dañado, sentenció primero contra el hombre: “Tierra eres y a la tierra volverás” (19), y lo sometió a la muerte. La sentencia era divina: nada podía contra ella la sola condición humana. Le fue dado el remedio: que el hombre muriese y resucitase. ¿Por qué? A fin de que lo que primero había servido de condenación, sirviese, a su vez, de beneficio. ¿Qué cosa es ello sino la muerte? ¿Preguntas cómo? Porque la muerte, interviniendo, pone fin al pecado. En efecto, cuando morimos, en verdad dejamos de pecar (20). Parecía, pues, que se había satisfecho la sentencia ya que el hombre —que había sido hecho para vivir si no pecaba— comenzaba a morir. Con todo, a fin de que la gracia de Dios perdurase, murió el hombre, pero Cristo halló la resurrección, es decir, que El quiso reintegrar el beneficio celestial que se había perdido por el fraude de la serpiente. Ambas cosas (muerte y resurrección) fueron, pues, para nuestro favor, porque la muerte es fin de los pecados y la resurrección es reformación de la naturaleza.

18. Con todo, para que no prevaleciese en este mundo el fraude o las insidias del diablo, se halló el bautismo. Oye lo que acerca del bautismo dice la Escritura o más bien el Hijo de Dios: los fariseos no quisieron ser bautizados con el bautismo de Juan; *despreciaron el designio de Dios* (21). Por tanto, *el bautismo es designio de Dios* ¡Cuánta gracia hay allí donde está el designio de Dios!

19. Oye, pues. Así, para desatar el lazo del diablo en este mundo, hallóse el medio de hacer morir al hombre vivo, y de hacerle resucitar vivo. ¿Qué quiere decir vivo? Es decir, vivo con la vida del cuerpo, cuando viniere a la fuente (bautismal) y fuere en ella sumergido. ¿De dónde es el agua sino de la tierra? Se satisfizo, pues, la sentencia celestial sin el entorpecimiento de la muerte. Cuando te sumerges en el agua se satisface la sentencia aquella: “Tierra eres y a la tierra volverás”. Cumplida la sentencia, se hace lugar al beneficio y al remedio celestial. Así, pues, el agua es de la tierra y, por otra parte, la posibilidad de nuestra vida no admitía que fuésemos oprimidos con tierra y que de la tierra resurgiésemos. Además, no es la tierra la que lava, es el agua que lava. Así, la fuente es como una sepultura.

VII

20. Se te preguntó: “¿Crees en Dios omnipotente?” Dijiste: “Creo”, y fuiste sumergido, es decir, sepultado. Por segunda vez se te preguntó: “¿Crees en nuestro Señor Jesucristo y en su cruz?” Dijiste: “Creo”, y fuiste sumergido. Por esta razón con Cristo fuiste sepultado (22). Porque el que con Cristo es sepultado con Cristo resucita. Por tercera vez fuiste interrogado: “¿Crees en el Espíritu Santo?” Dijiste: “Creo”, y por tercera vez fuiste sumergido, a fin de que la triple confesión absolviese las múltiples caídas de la vida pasada.

21. En fin, os daremos el ejemplo del apóstol San Pedro a quien se le vio caer por flaqueza de la condición humana, después en la pasión del Señor, él que antes había negado, para abolir y perdonar aquella caída, es interrogado tres veces por Cristo si amaba a Cristo. Entonces le respondió: “Señor, tú sabes que te amo” (23). Tres veces lo dijo para ser tres veces perdonado.

22. Si, pues, el Padre perdona el pecado, así también lo perdona el Hijo, y así también el Espíritu Santo. No os asombréis de que seamos bautizados en un solo nombre, esto es: en *el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, porque se dice un solo nombre allí donde sólo hay una substancia, una divinidad, una majestad. Este es el nombre del cual se ha dicho: "En el cual todos deben ser salvados" (24). En este nombre todos vosotros habéis sido salvados, habéis sido devueltos a la gracia de vida.

23. Exclama, pues, el Apóstol, como lo oísteis en lo que se ha leído ahora: "El que es bautizado, en la muerte de Jesús es bautizado" (25). ¿Qué significa "en la muerte"? Que así como Cristo murió, así también tú gustarás la muerte; que así como Cristo murió al pecado y vive para Dios, así también tú deberás morir a los anteriores atractivos de los pecados mediante el sacramento del bautismo, y resucitar por la gracia de Cristo. Es, pues, una muerte, pero no en la realidad de una muerte corporal, sino en la semejanza. Así cuando eres sumergido recibes la semejanza de muerte y sepultura, recibes el sacramento de la cruz, porque pendió Cristo de la cruz y su cuerpo fue clavado en ella. De modo que cuando tú eres crucificado te adhieres a Cristo; te adhieres con los clavos de nuestro Señor Jesucristo, para que el diablo no pueda desprenderte. Sosténgante los clavos de Cristo, el cual resta la debilidad de la condición (naturaleza) humana.

24. Fuiste, pues, sumergido, viniste al sacerdote. ¿Qué te dijo? Dijo: "Dios Padre omnipotente, que te regeneró (hizo nacer de nuevo) por el agua y el Espíritu Santo y te perdonó tus pecados, te unge El mismo en la vida eterna" (26). Mira para qué eres ungido: "para la vida eterna", dice. No quieras anteponer esta vida a la eterna. Por ejemplo, si surge algún enemigo, si quiere arrebatarte la fe, si amenaza de muerte con el fin de que se prevarique, mira qué debes elegir. No elijas aquello en lo cual no fuiste ungido; elige aquello en lo que fuiste ungido, de suerte que prefieras la vida eterna a la vida temporal.

NOTAS

1. Véase *supra* I, 23.
2. Efesios 4, 5.
3. Isaías 9, 5. (Setenta); 9, 6 (*Vulgata*).
4. I Corintios 14, 22.
5. I Corintios 15, 21.
6. I Timoteo 2, 5.
7. Isaías 19, 20.
8. Ver *supra* I, 13.
9. Mateo 28, 19.
10. III Reyes 18, 38.
11. Literalmente: levantado, aligerado.
12. Juan 21, 25.
13. Exodo 15, 23-25.
14. Véase *supra* I, 18.
15. Mateo 28, 19.
16. Hechos 2, 1-3.
17. I Corintios 14, 22.
18. Génesis 3, 17-23.
19. Génesis 3, 19.
20. Romanos 6, 7.
21. Lucas 7, 30.
22. Romanos 6, 4.
23. Juan 21, 15.
24. Hechos 4, 12.
25. Romanos 6, 3.
26. No hay que confundir esta unción posbautismal con la Confirmación, que tenía lugar después del lavatorio de los pies. Dice Tertuliano (*De baptismo*, 7): "Salidos del bautismo somos ungidos con la santa unción". Y San Hipólito (*Trad. Apost.*, 21): "Te unjo con el óleo santo en el nombre de Jesucristo". En el rito actual, la unción es prebautismal. Dice el sacerdote ungiendo el pecho y la espalda: "Yo te unjo con el óleo de la salud (óleo de los catecúmenos), en Cristo Jesús, nuestro Señor, para que tengas la vida eterna".

LIBRO TERCERO

I

Ayer hablamos acerca de la fuente, que es en apariencia como una especie de sepulcro, en el cual, creyendo en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, somos recibidos y sumergidos, y surgimos, esto es, resucitamos. También recibes el *μίρον* (crisma), esto es, el unguento sobre la cabeza. ¿Por qué sobre la cabeza? Porque “la cabeza es la sede de los sentidos del sabio”, dice Salomón (1). Porque la sabiduría sin la gracia está inactiva; mas, en cuanto la sabiduría recibe la gracia, entonces su obra comienza a ser perfecta. Esto llámase regeneración.

2. ¿Qué es la regeneración? Tienes en los Hechos de los Apóstoles que aquel versículo que se dice en el Salmo II: “Tú eres mi hijo, hoy te engendré”, parece referirse a la resurrección. En efecto, el apóstol San Pedro lo interpreta así en los Hechos de los Apóstoles, cuando el Hijo resucitó de la muerte resonó la voz del Padre diciendo entonces: “Tú eres mi Hijo, hoy te engendré” (2). De ahí que también sea llamado “primogénito de entre los muertos” (3). ¿Qué es, pues, la resurrección sino cuando de la muerte resurgimos a la vida? Así también en el bautismo, porque es semejanza de la muerte, sin duda; cuando te sumerges y resurges se produce una semejanza de la resurrección. De suerte que, justamente, según la interpretación del Apóstol, así como aquella resurrección (de Cristo) fue una regeneración, así también esta resurrección (del bautismo nuestro) es una regeneración.

3. Pero ¿qué dices? ¿Qué te sumerges en el agua? ¿Por eso te extravías, por eso te retiene la duda? Leemos, en verdad: “Pro-

duzca la tierra de sí misma fruto que germine” (4). También leíste algo semejante acerca de las aguas: “Produzcan las aguas animales, y nacieron animales” (5). Nacieron ellos al principio de la creación, pero fue reservado para ti el que el agua te regenerara a la gracia como a otros seres los engendró a la vida. Imita, pues, a aquellos peces que recibieron un beneficio menor: beneficio que, sin embargo, debe causarte admiración. Está el pez en el mar y sobre las olas, está en el mar y nada sobre las ondas. Se enfurece la tempestad en el mar, silban vientos procelosos, pero el pez nada, no es sumergido porque tiene el hábito de nadar. Así, también, para ti este siglo es un mar. Tiene diversas corrientes, grandes olas, crueles tempestades. Sé pez tú también, para que la ola del mundo no te sumerja. Bien dice el Padre al Hijo: “Hoy te engendré” (6), es decir, cuando redimiste al pueblo, cuando lo llamaste al reino del cielo, cuando cumpliste mi voluntad, probaste que eres mi Hijo.

4. Subiste de la fuente. ¿Qué pasó después? Oíste la lectura. Ceñido el obispo, pues aunque también lo hayan hecho los presbíteros, al sumo sacerdote compete el comienzo de este ministerio; ceñido, digo, el sumo sacerdote te lavó los pies. ¿Qué misterio es éste? Oíste, en verdad, que el Señor habiendo lavado los pies a los otros discípulos, se llegó a Pedro, y Pedro le dijo: “¿Tú me lavas los pies?” (7). Es decir: “¿Tú, el Señor, lavas los pies al siervo; Tú, inmaculado, me lavas los pies a mí; Tú el creador de los cielos, me lavas los pies a mí?”. También, en otra parte, tienes esto: Vino (Jesús) a Juan y Juan le dijo: “Soy yo quien debo ser bautizado por ti ¿y Tú vienes a mí?” (8) “Yo soy un pecador y Tú vienes al pecador que soy yo, como si fuera para despojarte de tus pecados. Tú, que no has cometido pecado”. Mira toda justicia, mira la humildad, mira la gracia, mira la santidad: “Si yo no te lavo los pies —dice Jesús (a Pedro)— no tendrás parte conmigo” (9).

5. No ignoramos que la Iglesia romana no tiene esta costumbre, aunque nosotros seguimos en todo su ejemplo y su rito. Con todo, ella no tiene esta costumbre de lavar los pies. Ten cuidado, quizá sea que se haya apartado (de esa costumbre) a causa de la multitud (de los que se bautizan). No faltan, sin embargo, quienes tratan de excusarla diciendo que no hay que hacer esto durante la celebración del Sacreamento, durante el bautismo, durante la regeneración, sino que hay que lavar los pies como se lavan a un

huésped. Pero una cosa es lo que se relaciona con la humildad otra con la santificación. En fin, escucha: es un misterio y una santificación: "Si yo no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo" (10). No digo esto para criticar a los demás, sino para justificar lo que yo hago. Deseo seguir en todo a la Iglesia romana; mas, con todo, también nosotros tenemos capacidad de discernir. Así lo que en otra parte se observa por mejores razones, también nosotros lo observamos por mejores razones (11).

6. Seguimos al mismo apóstol Pedro, nos adherimos a su devoción. ¿Qué responde a esto la Iglesia romana? Si él mismo, el apóstol Pedro, es el autor de esta nuestra afirmación; él, que fue el sacerdote de la Iglesia romana. El mismo Pedro, cuando dice: "Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza" (12). Mira su fe. Si primero rehusó (que el Señor le lavase) fue por humildad, y si después se ofreció ello provino de su devoción y de su fe.

7. Le respondí el Señor, a lo que dijera de manos y cabeza: "El que se lavó no necesita lavarse otra vez, a no ser solamente los pies" (13). ¿Por qué esto? Porque en el bautismo se lava toda culpa. Desaparece, pues, la culpa; pero porque Adán fue derribado por el diablo y se le derramó veneno sobre los pies, por esto te lavas los pies para que en la parte en que la serpiente te puso asechanza recibas mayor ayuda, mediante la cual no puedas después ser derribado. Por tanto, te lavas los pies para lavarte el veneno de la serpiente. También aprovecha a la humildad que no nos avergoncemos de hacer en el curso del misterio lo que desdeñamos hacer como obsequio.

II

8. Sigue después el *sello espiritual* (14), del que oíste hablar hoy en la lectura (15). Porque después de la fuente falta todavía llegar a la perfección, cuando a la invocación del obispo es infundido el Espíritu Santo, el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de conocimiento y de piedad, el Espíritu del santo temor (16), que son como las siete virtudes del Espíritu.

9. En verdad, todas las virtudes conciernen al Espíritu, pero éstas son como cardinales, como las principales. Porque, ¿qué hay más importante que la piedad? ¿Qué más importante que el conocimiento de Dios? ¿Qué más importante que la fortaleza? ¿Qué más importante que el consejo de Dios? ¿Qué más importante que el temor de Dios? Así como el temor del mundo es una flaqueza, así el temor de Dios es una gran fortaleza.

10. Estas son las siete virtudes que recibes cuando eres signado (17). Porque, como dice el santo Apóstol, “la sabiduría de Dios es multiforme” (18). Así también el Espíritu Santo es multiforme, El, que posee diversas y varias virtudes. Así llámasele “Dios de las virtudes” (19) el cual puede ser aplicado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Pero esto será tema de otra disertación, en otra oportunidad.

11. ¿Qué sigue después de esto? Puedes llegarte al altar. En cuanto llegaste a él puedes ver lo que antes no veías. Este es el misterio que leíste en el Evangelio. Si acaso no lo leíste, ciertamente lo oíste. Para ser curado se acercó un ciego al Salvador; éste curaba a los demás y con solo su mandato devolvía la luz de los ojos. Sin embargo, en el libro del Evangelio que se titula según San Juan —quien vio, designó y declaró los más grandes misterios que los otros evangelistas— en aquel ciego quiso prefigurar este misterio. Sin duda todos los evangelistas son santos, todos los apóstoles —excepto el traidor— son santos. Sin embargo, San Juan, el que escribió el último evangelio como confidente buscado y elegido por Cristo, hizo oír —como con trompeta más potente— los misterios eternos. Todo lo que dijo es misterio. Otro dijo que el ciego fue curado, lo dijo Mateo, lo dijo Lucas, lo dijo Marcos. ¿Qué es lo que sólo Juan dice? “Tomó barro, lo extendió sobre sus ojos y le dijo: Vete a (la piscina de) Siloé”. Y, levantándose, “fue y se lavó y volvió con vista” (20).

12. Considera tú también los ojos de tu corazón. Las cosas que son corporales las veías con los ojos corporales, mas aquellas que conciernen a los sacramentos aún no podías verlas con los ojos de tu corazón. Así, pues, cuando diste tu nombre (para inscribirte para el bautismo), El tomó barro y lo extendió sobre tus ojos. ¿Qué significa? Que tenías que reconocer tu pecado, examinar tu conciencia y hacer penitencia de tus delitos, esto es, reconocer la suerte del linaje humano. Pues, aunque no confiese

pecado el que viene al bautismo, sin embargo con esto mismo hace confesión de todos sus pecados, porque pide ser bautizado para ser justificado, es decir, para pasar de la culpa a la gracia.

13. No lo tengas por inútil. Hay algunos, por lo menos sé de cierto que hubo uno, que cuando nosotros le dijimos: “A tu edad, mayor obligación tienes de bautizarte”, respondió: “¿Para qué bautizarme? No tengo pecado alguno. ¿Acaso he contraído pecado?” Este no tenía barro, porque Cristo no se lo había extendido (sobre los ojos), esto es, no le habían abierto los ojos. Porque no hay hombre sin pecado.

14. Por tanto, reconoce que es hombre aquel que se refugia en el bautismo de Cristo. Así, pues, a ti también te puso barro, es decir, verecundia (pudor), prudencia, conciencia de tu fragilidad, y te dijo: “Vete a Siloé”. ¿Qué es Siloé? “Palabra que significa —dice (el evangelista)— *enviado*”. Esto es, vete a aquella fuente en la que se predica la cruz del Señor, vete a esa fuente en la que Cristo ha redimido los extravíos de todos.

15. Fuiste, te lavaste, viniste al altar, comenzaste a ver lo que antes no veías, vale decir, por la fuente del Señor y la predicación de la pasión del Señor abriéronse tus ojos. Tú, que parecías como ciego de corazón, comenzaste a ver la luz de los sacramentos. Así, pues, hermanos amadísimos, hemos llegado al altar para tratar un tema de conversación más abundante. Mas, dada la hora que ya es, no podemos iniciar la explicación completa porque es más extenso lo que debemos tratar. Sea suficiente por hoy lo que se ha dicho, y mañana, si el Señor quiere, trataremos acerca de los mismos sacramentos.

NOTAS

1. Cita no literal del Eclesiastés (2, 14), en el que, en vez de *sentidos*, se dice *ojos* (la idea sería la misma, traducida a lenguaje más moderno). Esta expresión “sentidos” —dice el P. Botte— es característica de San Ambrosio (Cf. *Misterios*, 39).

2. Hechos 13, 33. Por error se ha de haber puesto Pedro, en el texto, correspondiendo, en cambio, a Pablo.

3. Colosenses, 1, 18.

4. Génesis 1, 11.

5. Génesis 1, 20.

6. Salmo 2, 7. El Pez. Los primeros cristianos recurrieron a los símbolos para expresar el objeto de su fe, ocultándolo de la malignidad pagana. Entre los primeros símbolos hállese el del pez. La adopción de esta figura es muy antigua y parece derivarse de varias fuentes. Los Padres afirman unánimemente que representa a Jesús y a los hombres, porque en la Biblia el mar designa alegóricamente a la humanidad, a la vida humana. Si este mundo es el mar, los hombres, a su vez, son los peces, y Jesús, que siendo Dios quiso asumir la naturaleza humana, es el Pez por excelencia. Dice Orígenes (*in Matth.* XVII, 24): “En este pez estaba en figura Aquel a quien llamamos Pez” Por casualidad, las cinco letras de la palabra pez en griego (*Ichtyhs*, o *Ijzys*: Iesus Jristos Zeos Yos Soter), corresponden a las iniciales de las palabras: *Jesús-Cristo, Hijo de Dios, Salvador*; esta coincidencia fue aprovechada en el llamado oráculo sibilino (citado y utilizado en el *Dies Irae*) formando acróstico en el verso inicial.

7. Juan 13, 6.

8. Mateo 3, 14.

9. Juan 13, 8.

10. Juan 13, 8.

11. San Ambrosio defiende la ceremonia del lavatorio de pies, contra posibles o reales impugnadores de este rito que ni él mismo ni nadie (ni en Oriente ni en Occidente) reputó esencial para el Bautismo. Hoy día se efectúa esta ceremonia piadosa, con el nombre de “mandato”, el Jueves Santo.

12. Juan 13, 9.

13. Juan 13, 10.

14. Sello espiritual (*spiritalis signaculum*). Para Tertuliano designa el bautismo mismo (*De pudic.* 9; *De spect.* 4, 24). Para San Cipriano designa el Espíritu Santo: “por nuestra oración e imposición de manos se consigue el Espíritu Santo y se consume el *signaculum* (sello) del Señor (en las almas)” (*Epist.* 73, 9). San Cirilo: “con el Espíritu recibimos el sello de la semejanza del hijo de Dios” (*In Joannem* 1, 1). San Atanasio llama sello al Espíritu Santo (*Epist. ad Serap.* 1, n. 23-24). Dice San Pablo: “Dios... nos selló y nos dio las arras del Espíritu en nuestros corazones” (II Cor. 1, 21-22), véase además, Efes. 1, 13 y 4, 30. Dice el R. P. Arinterro: El Espíritu Santo “es el sello viviente de Cristo, que, imprimiéndose en nuestras almas nos hace vivas imágenes de Dios” (*Evolución mística*, edic. B.A.C., 1952, pág. 169).

15. No se precisa qué lectura se ha hecho. Tal vez sea cualquiera de las siguientes: II Corintios 1, 21-22; Efesios 1, 13; 4, 30.

16. Isaías 11, 2-3.

17. Esta “consignación” es otro nombre de la confirmación.

18. Efesios 3, 10.

19. Salmos: 24 y 10 y 49, 8.

20. Juan 9, 6-7.

LIBRO CUARTO

I

1. En el Antiguo Testamento solían los sacerdotes entrar con frecuencia en el primer tabernáculo (o tienda); en el segundo sólo una vez al año entraba el sumo sacerdote. Esto es, evidentemente, lo que el Apóstol Pablo explica a los hebreos recordando la serie (de hechos) del Antiguo Testamento. Ahora bien, en el segundo tabernáculo se conservaba maná, también estaba la vara de Aarón que se secó y después volvió a florecer, y estaba el timiamaterio (el altar de los perfumes) (1).

2. ¿A qué viene esto? A haceros entender lo que es este segundo tabernáculo en el cual el sacerdote os ha introducido, en el cual el sumo sacerdote solía entrar una sola vez al año, es decir, el bautisterio, donde floreció la vara de Aarón (2). Antes estaba seca, después volvió a florecer. También tú estabas seco y después comenzaste a florecer con el riego de la fuente. Estabas seco por los pecados, estabas seco por los errores y los delitos, pero ya comenzaste a dar fruto, “plantado —como estás— junto a las corrientes de las aguas” (3).

3. Mas, tal vez digas: “¿Qué le importa al pueblo si la vara sacerdotal se secó y volvió a florecer?” El pueblo mismo ¿qué es, sino un pueblo sacerdotal? ¿A quiénes se dijo: “Mas vosotros sois “linaje escogido”, “sacerdocio real”, “nación santa”, como dice el apóstol Pedro? (4). Cada uno es ungido para el sacerdocio, y también es ungido para el reino; pero es un reino espiritual y un sacerdocio espiritual.

4. En el segundo tabernáculo estaba el timiamaterio, el que habitualmente exhalaba buen olor. Así vosotros también sois “el buen olor de Cristo”, ya en vosotros no hay ninguna mancha de los pecados, ningún olor de error grave.

II

5. Síguese, pues, que debéis venir al altar. Comenzasteis a venir. Esperaron los ángeles; vieron que veníais vosotros; y a esa condición humana, que antes estaba sucia con la tenebrosa inmundicia de los pecados, la vieron resplandecer súbitamente. Y entonces se dijeron: “¿Quién es ésta que sube del desierto vestida de blanco”? (5). Se admiran, pues, los ángeles. ¿Quieres saber cuánto se admiran? Escucha entonces al Apóstol Pedro, que dice que nos ha sido dado lo que los ángeles *también* desean ver (6). Escucha más aún: “Lo que el ojo no vio ni el oído oyó, es lo que prepara Dios a los que le aman” (7).

6. Reconoces, pues, lo que has recibido. El santo profeta David vio en figura esta gracia y la deseó con ardor. ¿Quieres saber cuánto la anheló? Oyele decir de nuevo: “Rociame con el hisopo y quedaré limpio; me lavarás y quedaré más blanco que la nieve” (8). ¿Por qué? Porque la nieve, aunque sea blanca, por alguna suciedad rápidamente se ennegrece y se corrompe; mientras que la gracia que recibiste, si guardas lo que recibiste, será durable y perpetua.

7. Venías, pues, al altar, lleno de deseo, por haber visto una gracia de tal modo grande; venías al altar, lleno de deseo, para recibir sacramento. Dice tu alma: “Me acercaré al altar de mi Dios, de Dios que alegra mi juventud” (9). Deposiste la vejez de los pecados, tomaste la juventud de la gracia. Esto es lo que te dieron los sacramentos celestiales. Una vez más oye a David que dice: “Tu juventud se renovará como la del águila” (10). Comenzaste a ser una buena águila que tiendes hacia el cielo y desprecias lo terreno. Las buenas águilas están junto al altar, porque: “donde está el cuerpo allí también están las águilas” (11). El altar representa el cuerpo, y el cuerpo de Cristo está en el altar. Vosotros sois las águilas renovadas mediante la ablución del pecado.

III

8. Viniste al altar, miraste atentamente los sacramentos puestos sobre el altar y te admiraste delante de esta misma criatura, no obstante ser ella una criatura común y conocida.

9. Tal vez alguno podría decir: “Dios otorgó a los judíos una gracia muy grande: les hizo llover maná del cielo. ¿Qué más les dio a sus fieles? ¿Qué más dio a aquellos a los que más prometió?”

10. Escucha lo que digo: Los misterios de los cristianos son anteriores y más divinos que los misterios de los judíos (12). ¿Cómo? Escucha. ¿Cuándo comenzaron a existir los judíos? Desde Judá, ciertamente, bisnieto de Abrahán; o si quieres entenderlo así, desde la Ley, cuando los judíos merecieron recibir el derecho divino. Así, por causa del bisnieto de Abrahán es que se les llamó judíos en el tiempo del santo Moisés. Y si entonces Dios hizo llover el maná a los judíos que murmuraban, para ti, en cambio, la figura de estos sacramentos se remonta al tiempo de Abrahán (precede, pues, a Judá y al maná de los judíos). Cuando reunió trescientos servidores y fue en persecución de sus enemigos arrancando de la cautividad a su sobrino; volvió entonces victorioso, y salió a su encuentro el sumo sacerdote Melquisedec y ofreció pan y vino (13). ¿Quién tenía el pan y el vino? No los tenía Abrahán. Mas ¿quién los tenía? Melquisedec. Este mismo es el autor de los sacramentos. ¿Quién es Melquisedec que significa *rey de la justicia, rey de paz*? (14). ¿Quién es este rey de justicia? ¿Acaso algún hombre puede ser rey de justicia? ¿Quién es rey de justicia a no ser la justicia de Dios? ¿Quién es la paz de Dios, la sabiduría de Dios? (15). Aquel que pudo decir: “Mi paz os dejo, mi paz os doy” (16).

11. Por tanto, comprende, ante todo, que estos sacramentos que recibes son anteriores a los sacramentos de Moisés que los judíos dicen que tienen, y que el pueblo cristiano comenzó antes que comenzara el pueblo de los judíos, mas nosotros en la predestinación, ellos en el nombre.

12. Ofreció, pues, Melquisedec pan y vino. ¿Quién es Melquisedec? “Sin padre —dice—, sin madre, sin genealogía, sin principio de días ni fin de vida” (17). Eso dice la Epístola a los Hebreos. Sin padre —dice— y sin madre semejante al Hijo de Dios. Sin madre nació el Hijo de Dios por la generación celes-

tial, porque nació de sólo Dios Padre. Y, otra vez, nació sin padre cuando nació de la Virgen. Porque no fue engendrado por hombre, sino que nació del Espíritu Santo y de la Virgen María, dado a luz de un seno virginal. En todo semejante al Hijo de Dios, Melquisedec también era sacerdote, porque también Cristo es sacerdote a quien se dice: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (18).

IV

13. ¿Quién es, pues, el autor de los sacramentos sino el Señor Jesús? Del cielo vinieron estos sacramentos, porque el designio (19) es totalmente del cielo. Grande es también, en verdad, el milagro divino de que Dios hiciese llover para el pueblo maná del cielo y el pueblo comiese sin trabajar.

14. Tal vez dices: “Es mi pan común”. Mas este pan es pan antes de las palabras sacramentales; en cuanto sobreviene la consagración, el pan se convierte en la carne de Cristo. Por tanto, probémoslo. ¿Cómo lo que es pan puede ser el cuerpo de Cristo? ¿Por medio de qué palabras se hace, entonces, la consagración y cuyas son esas palabras? Del Señor Jesús. En efecto, todas las otras cosas que se dicen antes, por el sacerdote son dichas: se ofrecen alabanzas a Dios, se hace oración rogando por el pueblo, por los reyes (20), por lo demás. En cuanto se llega a producir el venerable sacramento, ya el sacerdote no usa sus propias palabras, sino las de Cristo. De modo que la palabra de Cristo es la que produce este sacramento.

15. ¿Cuál es la palabra de Cristo? En verdad, aquella por la cual todas las cosas han sido hechas. Ordenó el Señor y se hizo el cielo; ordenó el Señor y se hizo la tierra; ordenó el Señor y se hicieron los mares; ordenó el Señor y se engendraron todas las creaturas. Mira, pues, cuán eficaz es la palabra de Cristo. Si tan poderosa es la palabra del Señor Jesús, de modo que por ella comienza a ser lo que antes no era, cuánto más ha de serlo para hacer que las cosas que ya eran sean y se cambien en otra cosa. No existían el cielo, ni existía el mar, no existía la tierra, pero escucha a David que dice: “El dijo, y fueron hechos, El ordenó, y fueron creados” (21).

16. Así, pues, para responderte: antes de la consagración no estaba el cuerpo de Cristo, pero después de la consagración te digo que es ya el cuerpo de Cristo. El dijo, y se hizo; El ordenó, y se creó. Tú mismo existías, pero eras creatura senil; después que fuiste consagrado, comenzaste a ser una nueva creatura. ¿Quieres saber cuál una nueva creatura? “Todo el que está en Cristo —dice San Pablo— es una nueva creatura” (22).

17. Oye, pues, cómo la palabra de Cristo acostumbra a cambiar toda creatura y cómo cambia, cuando quiere, las leyes establecidas de la naturaleza. ¿Preguntas cómo? Escucha, y ante todo tomemos ejemplo de su nacimiento. Lo ordinario es que un hombre sea engendrado por un hombre y una mujer, por el uso del matrimonio. Pero, porque así lo quiso el Señor, porque El eligió este misterio, del Espíritu Santo y de la Virgen nació Cristo; esto es, *el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo* (23). Ves, pues, que contrariamente a las leyes y al orden de la naturaleza ha nacido un hombre de una virgen.

18. Escucha otro ejemplo. El pueblo judío era acosado por los egipcios, el mar le cerraba el paso. Por mandato divino Moisés tocó las aguas con la vara y las dividió (24), no, ciertamente, según lo habitual de su naturaleza, sino según la gracia del poder celestial. Ten otro ejemplo más. El pueblo tenía sed; se llegó a una fuente. La fuente amarga era. El santo Moisés puso un leño en la fuente, y la fuente que era amarga hízose dulce, vale decir, cambió su manera natural de ser, recibió la dulzura de la gracia (25). Oye también un cuarto ejemplo. Había caído al agua el hierro de un hacha y, como era hierro, según lo propio de su naturaleza se sumergió. Puso Eliseo un leño (en el agua) y en seguida el hierro se elevó y sobrenadó en el agua (26), evidentemente contra lo que es propio de la naturaleza del hierro. Porque, en efecto, es una materia más pesada que el elemento agua.

19. ¿Con qué todas estas cosas no comprendes aún cuán eficaz es la palabra celestial? Si obró ella en una fuente terrena, si la palabra celestial obró en las otras cosas, ¿no obrará en los sacramentos celestiales? Aprendiste, pues, que el pan se convierte en el cuerpo de Cristo, y que se pone en el cáliz vino y agua y que por la palabra de la consagración celestial se convierte en su Sangre.

20. Pero, tal vez digas: “Yo no veo la apariencia de la sangre”. Pero tienes el signo. Así como tomaste la similitud (símbolo-

lo) de la muerte, así también bebes la semejanza de la preciosa Sangre, de modo que no se da el horror de la sangre que se derrama y, sin embargo, produce su efecto el precio de la redención (27). Aprendiste, pues, que lo que recibes es el cuerpo de Cristo.

V

21. ¿Quieres saber mediante qué palabras celestiales se consagra? Oye cuáles son las palabras. Dice el sacerdote: “Concédenos que esta ofrenda sea aprobada, razonable (espiritual) y agradable, porque es la figura del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo. El cual, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas manos, levantó los ojos al cielo, a Ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, lo bendijo dando gracias, lo partió y fraccionado lo dio a sus apóstoles y discípulos, diciendo: “Tomad y comed todos de esto, porque esto es mi cuerpo que será partido para muchos”.

22. Presta atención. *“De manera semejante, también tomó el cáliz después de haber cenado —la víspera de su Pasión—, elevó los ojos al cielo, a Ti, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, lo bendijo dando gracias y lo dio a sus apóstoles y discípulos, diciendo: “Tomad y bebed todos de esto, porque esto es mi sangre”.* Considera que son palabras del evangelista hasta “*tomad*”, ya del cuerpo o ya de la sangre; pero a partir de aquí, son palabras de Cristo: “Tomad y bebed todos de esto, pues esto es mi sangre”.

23. Considera cada uno de los detalles.

“La víspera —dice— de su Pasión, tomó pan en sus santas manos”. Antes de ser consagrado es pan; mas, cuando sobrevienen las palabras de Cristo, es el Cuerpo de Cristo. Oyele decir finalmente: “Tomad y comed todos de esto, porque esto es mi cuerpo”. Y antes de las palabras de Cristo, el cáliz está lleno de vino y agua; pero desde que las palabras de Cristo han obrado, se convierte en la Sangre que redimió al pueblo. Mira, pues, de cuántas maneras es poderosa la palabra de Cristo para transformar todo. Porque el mismo Señor Jesús nos afirma que nosotros recibimos su Cuerpo y su Sangre. ¿Debemos, acaso, dudar de su veracidad y testimonio?

24. Volvamos a lo que me propongo. Grande, sin duda, y venerable el hecho de que el maná lloviera del cielo a los judíos. Pero entiende. ¿Qué es más: el maná del cielo o el Cuerpo de Cristo? Sin duda alguna el Cuerpo de Cristo, que es el autor del cielo. Además, el que comió el maná murió; el que comiere este Cuerpo obtendrá la remisión de los pecados y no morirá jamás (28).

25. Así, pues, no en vano dices: “Amén”, confesando en espíritu que recibes el Cuerpo de Cristo. Porque cuando lo pides, te dice el sacerdote: “El cuerpo de Cristo”. Y tú respondes: “Amén”, es decir, “Es verdad”. Lo que la lengua confiesa sostén-galo el corazón. Mas, para que sepas que éste es un sacramento, su figura lo precedió.

VI

26. Conoce, después, cuán grande es este sacramento. Observa lo que dice: “Cuantas veces hicieréis esto, haréis memoria de mí hasta que venga otra vez” (29).

27. Y el sacerdote dice: “Por tanto, recordando su gloriosísima Pasión, y su Resurrección de entre los muertos y su Ascensión al cielo. Te ofrecemos esta hostia inmaculada, esta hostia espiritual, esta hostia incruenta, este pan santo y el cáliz de la vida eterna, y te pedimos y rogamos que recibas esta oblación en tu sublime altar por las manos de tus ángeles, como te dignaste aceptar los dones de tu siervo el justo Abel, el sacrificio de nuestro patriarca Abrahán y el que te ofreció el sumo sacerdote Melquisedec” (30).

28. Así cada vez que le recibes, ¿qué te dice el Apóstol?: “Cada vez que le recibimos, anunciamos la muerte del Señor” (31). Si anunciamos la muerte del Señor, anunciamos la remisión de los pecados. Si cada vez que su Sangre es derramada, es derramada para la remisión de los pecados, debo yo recibirla siempre para que siempre me perdone los pecados. Yo, que siempre pecco, siempre debo tener la medicina.

29. Hasta el presente y hoy, hemos explicado cuanto pudimos, pero mañana, el sábado y el domingo, hablaremos acerca del orden de la oración como podemos. ¡Qué Dios, nuestro Señor, os conserve la gracia que os dio y se digne iluminar más

plenamente los ojos que abrió por su Hijo unigénito, Rey y Salvador, Señor Dios nuestro, por quien y con quien le pertenece la alabanza, el honor, la gloria, la magnificencia, el poder, con el Espíritu Santo, desde los siglos y ahora y siempre y por los siglos de los siglos!

NOTAS

1. Hebreos 9, 4.
2. En Milán se administraba el bautismo una vez al año, por Pascua.
3. Salmo 1, 3.
4. I Pedro 2, 9; el apóstol cita a Isaías 43, 20-21 y Exodo 19, 6. Todos los fieles cristianos participan a su modo del sacerdocio de Cristo. Pero sacerdotes *propriamente dichos* (ministeriales, con carácter sacramental), son los presbíteros que han recibido el sacramento del Orden sagrado. Somos, pues, sacerdotes y reyes participando del sacerdocio y realeza de Cristo, al ser injertados a El por el Bautismo.
5. Cantar 8, 5.
6. I Pedro 1, 12.
7. I Corintios 2, 9.
8. Salmo 50, 9.
9. Salmo 42, 4.
10. Salmo 102, 5.
11. Mateo 24, 28.
12. Véase *supra*, I, 11 y 23.
13. Génesis 14-18.
14. Hebreos 7, 2.
15. I Corintios 1, 30.
16. Juan 14, 27.
17. Hebreos 7, 3.
18. Salmo 109, 4. Hebreos 7, 17.
19. "Designio del cielo" Cf. *supra* II, 18.
20. I Timoteo 2, 2.
21. Salmo 32, 9.
22. II Corintios 5, 17.
23. I Timoteo 2, 5.
24. Exodo 14, 21.
25. Exodo 15, 23.
26. IV Reyes 6, 5-6.
27. Es decir, la Eucaristía es el mismo sacrificio *cruento* de la Cruz, que se perpetúa en los altares en forma *incruenta*, bajo las especies (o figuras) del pan y del vino. Se divide los accidentes del pan y del vino, pero permanece íntegro el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se da, todo, a todos los que le reciben.
28. Juan 6, 49 y 58.
29. I Corintios 11, 26.
30. Esta oración corresponde al *Supra quae* y al *Supplices te rogamus*, de la plegaria eucarística romana actual.
31. I Corintios 11, 26.

LIBRO QUINTO

I

1. Nuestro sermón de ayer llegó a tratar de los sacramentos del santo altar, y vimos que la figura de estos sacramentos los había precedido ya en tiempos de Abrahán, cuando el santo Melquisedec —“que no tuvo comienzo ni fin de días”— ofreció su sacrificio. Oye, hombre, lo que dice el apóstol Pablo a los Hebreos. ¿Dónde están los que dicen que el Hijo de Dios es del tiempo? Se ha dicho que Melquisedec no tiene comienzo ni fin de días (1). Si Melquisedec no tiene comienzo de días, ¿acaso Cristo pudo tenerlo? Pero la figura (Melquisedec) no es más perfecta que la realidad (Cristo). Ves, pues, que El es, a la vez, “el primero y el último” (2). El primero, porque es el autor de todo; el último, no porque tenga fin, sino porque resume en sí todo.

2. Dijimos que en el altar se coloca el cáliz y el pan. ¿Qué se pone en el cáliz? Vino. ¿Y qué más? Agua. Pero me dices: ¿Cómo así? Melquisedec ofreció pan y vino. ¿Qué significa la mezcla del agua? Oye la razón.

3. Antes que nada, ¿qué contiene la figura que precedió, en tiempo de Moisés? Como el pueblo tenía sed y murmuraba porque no podía hallar agua, ordenó Dios a Moisés que tocara la piedra con la vara. Tocó la piedra y brotó agua de ella en abundancia (3), como dice el Apóstol: “Bebían de la piedra que les seguía; ahora bien, la piedra era Cristo” (4). No era una piedra inmóvil la que seguía al pueblo. Bebe tú, también, para que Cristo te siga. Mira el misterio. Moisés, es decir, un profeta; la vara, es decir, la

palabra de Dios: el sacerdote con la palabra de Dios toca la piedra y fluye el agua y bebe el pueblo de Dios. Así, pues, el sacerdote toca el cáliz, borbotea el agua en el cáliz, salta hasta la vida eterna (5) y el pueblo de Dios que ha conseguido la gracia, bebe.

4. Ya sabes, pues, esto. Oye también esto otro. En el tiempo de la pasión del Señor, estando ya por comenzar el gran Sábado, a causa de que nuestro Señor Jesucristo o los ladrones (crucificados junto a él) aún vivían, fueron enviados algunos (verdugos) para que los rematasen a golpes (6). En llegando encontraron muerto al Señor Jesucristo. Entonces uno de los soldados le hirió en el costado con la lanza, y de su costado manó agua y sangre (7). ¿Por qué agua? ¿Por qué sangre? Agua para limpiar, sangre para redimir. ¿Por qué del costado? Porque de donde proviene la culpa, de allí viene la gracia. La culpa vino por la mujer, la gracia por el Señor Jesucristo (8).

5. Viniste al altar. El Señor Jesús te llama, o llama a tu alma o a la Iglesia, y dice: “Que me bese con los besos de su boca” (9). ¿Quieres aplicar esto a Cristo? Nada más agradable. ¿Quieres aplicarlo a tu alma? Nada más dulce.

6. “Que me bese”. Te ve que estás limpio de todo pecado, porque tus delitos han sido lavados. Por eso te juzga digno de los sacramentos celestiales y por eso te invita al banquete celestial: “Que me bese con los besos de su boca”.

7. En cuanto a lo que sigue, tu alma o la humanidad o la Iglesia, viéndose limpias de todos los pecados, dignas de llegarse al altar de Cristo —¿qué es, en efecto, el altar sino la imagen del cuerpo de Cristo?—, ve los admirables sacramentos, y dice: “Que me bese con los besos de su boca”, es decir, que Cristo me dé un beso.

8. ¿Por qué? “Porque tus pechos son mejores que el vino” (10). Es decir, “tus pensamientos, tus sacramentos, son mejores que el vino, más que aquel vino que, aunque tenga suavidad, alegría y encanto, produce sólo alegría en este mundo, mientras que en ti hay deleite espiritual. Ya Salomón dio a entender, entonces, o las nupcias de Cristo y la Iglesia, o del Espíritu y la carne, o del Espíritu y el alma.

9. Y agrega: “Tu nombre es perfume derramado, por eso te amaron las doncellas” (11). ¿Quiénes son estas doncellas, sino las almas de aquellos que se despojaron de la vejez de su cuerpo, rejuvenecidos por el Espíritu Santo?

10. “Atráenos ¡corramos en pos del olor de tus perfumes!” (12). No puedes seguir a Cristo si El mismo no te atrae. Además, ten en cuenta: “Cuando haya sido levantado —dice El— atraeré todo a mí” (13).

11. “Introdújome el rey en su cámara” (14). En el griego se lee: “en su despensa y en su bodega”, allí donde tiene buenas bebidas, suaves mieles de fragante olor, diversos frutos, para que se te aderece tu comida con múltiples elementos.

III

12. Viniste, pues, al altar y recibiste el Cuerpo de Cristo. Oye otra vez qué sacramentos recibiste. Oye lo que dice el santo David. También él, en espíritu, preveía estos misterios y se alegraba y decía que nada le faltaba. ¿Por qué? Porque quien ha recibido el cuerpo de Cristo jamás tendrá hambre.

13. ¡Oh! ¡Cuántas veces oíste el Salmo 22 y no lo entendiste! Mira cómo se adapta a los celestiales sacramentos. “El Señor me alimentó y nada me faltará, en verde pradera me colocó. Me condujo al agua que restaura, reconfortó mi alma. Me condujo por el sendero de la justicia a causa de su nombre. Y aunque camine en medio de la sombra de la muerte, nada malo temeré, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu báculo, ellos me han consolado”. La vara, es el poder soberano, el báculo, la Pasión; es decir, la eterna divinidad de Cristo, pero también su pasión corporal: aquélla creó, ésta redimió. “Preparaste delante de mí una mesa, a la vista de los que me atribulan. Ungiste con óleo mi cabeza y ¡cuán excelso es tu caliz embriagador!” (15).

14. Viniste, pues, al altar, recibiste la gracia de Cristo, conseguiste los sacramentos celestiales. Se alegra la Iglesia por la redención de muchos y se alegra con exultación espiritual al ver junto a sí a su familia vestida de blanco (16). Hallas esto en el Cantar de los Cantares. En su alegría invoca a Cristo; ella ha preparado un banquete que aparezca digno de un festín celestial. Y dice, por tanto: “Descienda mi hermano a su huerto y tome el fruto de sus árboles” (17). ¿Qué son estos árboles frutales? Leño seco erais en Adán, mas ahora, por la gracia de Cristo, echáis pimpollos como árboles frutales.

15. Con mucho gusto aceptó el Señor Jesús, y con bondad celestial contestó a la Iglesia: “Descendí —le responde— al huerto. Vendimié la mirra con mis ungüentos, comí pan con mi miel, y bebí mi vino con mi leche. Comed —agrega— hermanos míos, y embriagaos” (18).

16. “Vendimié mi mirra con mis ungüentos”. ¿Qué es esta vendimia? Conoced la viña y reconoceréis la vendimia. “Transplantaste —dice (el salmista)— la viña de Egipto” (19), esto es, el pueblo de Dios. Vosotros sois la viña, vosotros la vendimia. Plantados como una viña y como vendimia disteis frutos.

“Vendimié la mirra con mis ungüentos”, es decir, a causa del olor que recibisteis.

17. “Comí mi pan con mi miel”. Ves que en este pan no hay amargura alguna sino que es todo dulzura. “Bebí mi vino con mi leche”. Ves que esta es una alegría que no ensucia ninguna mancha de pecado. Pues, cada vez que bebes, recibes la remisión de los pecados y eres embriagado por el Espíritu. De ahí que también diga el Apóstol: “No os embriaguéis con vino, mas llenaos del Espíritu” (20). Porque el que se embriaga con vino vacila y titubea; el que es embriagado por el Espíritu se arraiga en Cristo. Es, pues, una excelente embriaguez que produce la sobriedad del alma. Esto es lo que hemos discurrido brevemente acerca de los sacramentos.

IV

18. ¿Qué falta ahora sino oración? Y no creáis que sea algo de poca importancia el saber cómo debéis orar. Los santos Apóstoles dijeron al Señor Jesús: “Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos”. Entonces dijo el Señor esta oración: “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal” (21). Mira qué oración tan breve y llena de todas las virtudes.

¡Cuán llena de gracia la primera palabra!

19. Hombre, no osabas volver tu rostro al cielo, dirigías tus

ojos a la tierra y, súbitamente, recibiste la gracia de Cristo, te fueron perdonados todos los pecados. De mal siervo que eras fuiste hecho hijo. No presumas, pues, de tu obrar, sino de la gracia de Cristo. Porque “por gracia habéis sido salvados”, dice el Apóstol (22). No cabe aquí, pues, arrogancia, sino fe; proclamar lo que has recibido no es soberbia sino devoción. Por tanto, eleva tus ojos al Padre que te engendró por el Bautismo, al Padre que te redimió por el Hijo y dile: “Padre nuestro”. Buena pretensión, pero moderada. Padre, dices como hijo; mas no quieras reivindicarle como algo especialmente tuyo. De Cristo sólo es Padre especialmente; para nosotros todos, es el Padre común, porque sólo a Cristo engendró, a nosotros nos creó. Di, pues, tú también, por gracia: “Padre nuestro”, para que merezcas ser su hijo. Recomiéndate a ti mismo con el favor y la consideración de los méritos de la Iglesia.

20. “Padre nuestro que estás en los cielos”. ¿Qué significa “en los cielos”? Oye a la Escritura que dice: “Excelso (elevado) sobre todos los cielos es el Señor” (23). Y por doquiera tienes que el Señor está sobre los cielos de los cielos, como si los ángeles no estuvieran también en los cielos, como si las dominaciones no estuvieran en los cielos. Pero se trata de aquellos cielos de los cuales se ha dicho: “Los cielos proclaman la gloria de Dios” (24). El cielo está allí donde ha cesado la culpa, el cielo está allí donde son castigados los crímenes, el cielo está allí donde ya no hay ninguna herida de la muerte.

21. “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”. ¿Qué significa “santificado sea”? Como si deseáramos que sea santificado aquel que dijo: “Sed santos porque yo soy santo” (25). Como si alguna santificación pudiera añadirle nuestra palabra. No, sino que sea santificado en nosotros, para que su santificación (acción santificante) pueda llegar a nosotros.

22. “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino”. Como si el reino de Dios no fuese eterno. El mismo Jesús dice: “Para esto he nacido” (26); y tú dices al Padre: “Venga tu reino”, como si no hubiese venido. Mas, vino el reino de Dios cuando obtuvisteis la gracia. Pues El mismo dice: “El reino de Dios está en medio de vosotros” (27).

23. “Venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Por la Sangre

de Cristo todo ha sido pacificado, en el cielo y en la tierra (28). Fue santificado el cielo, fue arrojado de él el diablo. Se halla allí donde también está el hombre a quien engañó. “Hágase tu voluntad”, es decir, haya paz en la tierra como en el cielo.

24. “El pan nuestro de cada día, dánosle hoy”. Me viene a la memoria lo que dije al tratar acerca de los sacramentos. Os dije que antes de las palabras de Cristo lo que se ofrece se llama pan; una vez pronunciadas las palabras de Cristo, ya no se llama pan, sino el Cuerpo. ¿Por qué en la oración dominical que sigue después, se dice “pan nuestro”? Dice pan, pero ἐπιουσιού, esto es, *substancial*. Este pan no es aquel que entra en el cuerpo, sino aquel pan de vida eterna que sostiene la substancia de nuestra alma. Por eso el griego lo llama ἐπιούσιος. En latín se llama cotidiano a este pan que los griegos llaman “de mañana”, porque los griegos llaman día que viene τῆς ἐπιούσας ἡμέρας. Así, pues, lo que dice el latino y lo que dice el griego parece igualmente útil. El griego expresó ambos sentidos con una sola palabra, el latino dijo cotidiano.

25. Si el pan es cotidiano, ¿por qué esperar un año para que le recibas como tuvieron costumbre de hacerlo los griegos en Oriente? *Recibe cada día lo que debe aprovecharte cada día. VIVE DE TAL MODO QUE CADA DIA MEREZCAS RECIBIRLE* (29). Quien no merece recibirle cada día no merece recibirle después de un año. Así era cómo el santo Job ofrecía *cada día* un sacrificio por sus hijos, porque no sucediera que hubiesen comido algún pecado en su corazón o en su palabra (30). Por tanto, oyes decir que cada vez que se ofrece el sacrificio, se significa la muerte del Señor y la resurrección del Señor, la ascensión del Señor y la remisión de los pecados ¿Y no recibes este pan de vida cada día? El que tiene una herida busca la medicina. Herida es para nosotros estar bajo el pecado: *medicina celestial es el venerable sacramento*.

26. “El pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Si lo recibes cada día, cada día para ti es hoy. Si Cristo es para ti hoy, para ti resucita hoy. ¿Cómo? “Tú eres mi Hijo, hoy te engendré” (31). Hoy, pues, es cuando Cristo resucita. “Ayer y hoy es el mismo” (32), dice el Apóstol. Mas también en otra parte dice: “Avanzó la noche; se aproximó el día” (33). Avanzó la noche de ayer, se aproximó el día de hoy.

27. Continúa: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”, ¿Qué es la deuda sino el pecado? Pues si no hubieses recibido dinero de prestamista extraño (el demonio), no estarías ahora necesitado y por esto se te imputa el pecado. Tuviste dinero con el que debías nacer rico. Eras rico: hecho a imagen y semejanza de Dios (34). Perdiste lo que tenías, es decir, la humildad; cuando pretendías reclamar con arrogancia perdiste tu dinero, te quedaste desnudo como Adán, contrajiste una deuda con el diablo, que no era necesaria. Y por ende, tú, que eras libre en Cristo, te hiciste deudor del diablo. El enemigo tenía tu caución, pero el Señor la crucificó y la borró con la efusión de su sangre (35): pagó tu deuda, te devolvió la libertad.

28. Dice, pues, con razón: “Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Pon atención en lo que dices: “Como perdono yo, así perdóname Tú a mí”. Si tú perdonas, a buen acuerdo llegas para que se te perdone a ti. Si no perdonas, ¿cómo pretendes que te perdone?

29. “Y no nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal”. Presta atención a lo que dice: —Y no nos dejes caer en tentación a la que no podamos resistir—. No dice que no tengamos tentación, sino que, como un atleta quiere una tentación tal, que la pueda soportar la condición humana, y que cada uno sea librado del mal, esto es, del enemigo, del pecado.

30. En cuanto al Señor, poderoso es El —que quitó vuestro pecado y condonó vuestros delitos— para protegeros y guardaros contra las insidias del diablo que combate, a fin de que no os sorprenda el enemigo, quien, por lo común, es quien engendra la culpa. Mas, quien en Dios se confía no teme al diablo. Porque “si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (36). A El, pues pertenece la alabanza y la gloria desde los siglos y ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Hebreos 7, 3.
2. Apocalipsis 1, 17.
3. Exodo 17, 1-6.
4. I Corintios 10, 4.
5. Juan 4, 14.
6. Era el “crurifragium”. Con grandes mazos se quebraban las piernas y, cuando era necesario, el pecho de los ajusticiados. Era una especie de “golpe de gracia”.
7. Juan 19, 32-35.
8. Del costado de Adán fue formada la mujer (Eva) por quien vino el pecado. Del costado de Cristo proviene la Iglesia, Madre en cuyo seno recibimos la Gracia (vida divina).
9. Cantar 1, 1.
10. Cantar 1, 1.
11. Cantar 1, 2.
12. Cantar 1, 3.
13. Juan 12, 32.
14. Cantar 1, 4.
15. Salmo 22, 1-5.
16. Se refiere a la vestidura blanca que llevaban los bautizados, y que conservaban durante la octava.
17. Cantar 4, 16.
18. Cantar 5, 1.
19. Salmo 79, 9.
20. Efesios 5, 18.
21. Mateo 6, 9-13. Lucas 11, 1-4.
22. Efesios 2, 5.
23. Salmo 112, 4.
24. Salmo 18, 2.
25. Levítico 19, 2.
26. Juan 18, 37.
27. Lucas 17, 21.
28. Colosenses 1, 20.
29. **Hermoso programa de vida centrada en la Eucaristía:** *Sic vive ut quotidie merearis accipere*. Este *merecer*, equivale a estar en las debidas condiciones requeridas para una buena comunión: gracia de Dios, ayuno, recta intención, etc., no es la manera jansenista. Por eso continúa con los mismos sentimientos de la Iglesia que, antes de la Comunión, nos hace decir a Dios que le recibimos sin merecerlo... como *medicina* de salvación.
30. Job 1, 5.
31. Salmo 2, 7.
32. Hebreos 13, 8.
33. Romanos 13, 12.
34. Génesis 1, 26-27.
35. Colosenses 2, 14-15.
36. Romanos 8, 31.

LIBRO SEXTO

I

1. Así como nuestro Señor Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, no por gracia como los hombres, sino como Hijo de la substancia del Padre, así es su verdadera carne la que nosotros recibimos —como El mismo ha dicho— y es su verdadera sangre la bebida que tomamos (1).

2. Pero acaso digas —lo que dijeron en aquel tiempo los discípulos de Cristo, al oírle decir: “El que no comiere mi carne y no bebiere mi sangre no permanecerá en Mí y no tendrá la vida eterna” (2)—, acaso digas: “¿Cómo es verdadera (carne)? Veo, ciertamente, la semejanza de la sangre (en el vino), no su realidad”.

3. Ante todo, te dije acerca de la palabra de Cristo que obra, cómo puede ella mudar y convertir las leyes generales de la naturaleza. Además, cuando los discípulos no soportaron las palabras de Cristo, y oyéndole decir que daría su carne a comer y su sangre a beber, se retiraban (3), entonces sólo Pedro dijo: “Tú tienes palabras de vida eterna, ¿cómo te dejaré?” (4). Así, para que un mayor número no dijese lo mismo, so pretexto de un cierto horror de la sangre que se derrama, y para que perdurara la gracia de la redención, por ello recibes el sacramento bajo las especies, pero recibes la gracia y virtud de lo que realmente es.

4. “Yo soy —dice— el pan vivo que descendió del cielo” (5). Pero la carne no descendió del cielo, es decir, tomó carne de una virgen en la tierra. ¿Cómo, pues, descendió el pan del cielo, y pan vivo? Porque nuestro Señor Jesucristo participa no sólo de la divinidad, sino también del cuerpo, y tú que recibes su carne, participas de su substancia divina en este alimento.

II

5. Recibiste, pues, los sacramentos, conociste todo plenísimamente, porque fuiste bautizado en el nombre de la Trinidad. En todo lo que hemos hecho, se ha guardado el misterio de la Trinidad. En todo hallóse el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, una operación, una sol santificación, aunque algunas cosas parezcan ser, en cierto modo, especiales.

6. ¿Cómo? *Dios* es quien te ungió y el *Señor* es quien te señaló y puso el *Espíritu Santo* en tu corazón (6). Recibiste, pues, el Espíritu Santo en tu corazón. Aquí tienes otra cosa: como tienes el Espíritu Santo en tu corazón, así también tienes a Cristo. ¿Cómo? Esto hallas en el Cantar de los Cantares, cuando Cristo dice a la Iglesia: “Ponme como sello en tu corazón, como sello en tus brazos” (7).

7. De modo, pues, que *Dios* te ungió, *Cristo* te señaló. ¿Cómo? Porque fuiste signado con la señal de la cruz, con la señal de su Pasión. Recibiste su signo para que te asemejes a El, para que a su imagen resucites, para que vivas a semejanza de Aquel que fue crucificado para el pecado y vive para Dios. Y el hombre viejo que eras, sumergido en la fuente, fue crucificado para el pecado, pero resucitó para Dios (8).

8. Por otra parte, tienes además esto especial: que *Dios* te llamó (9), mientras que en el Bautismo fuiste crucificado de manera especial con Cristo (10), y en seguida, cuando recibes de manera especial el Sello espiritual (11), ves que hay distinción de Personas, pero todo el misterio de la Trinidad se está inseparablemente unido.

9. ¿Qué te dijo el Apóstol, a continuación, como se leyó anteaayer? “Hay diversidad de gracias, mas el *Espíritu* es uno mismo; diversidad de ministerios, mas el *Señor* es uno mismo; diversidad de operaciones, más el mismo *Dios* es el que las obra todas ellas en todos” (12). Dice que todo lo hace Dios. Pero también se ha leído acerca del Espíritu de Dios: “Es un mismo Espíritu que reparte a cada uno como quiere” (13). Oye a la Escritura que dice que el Espíritu reparte según su voluntad y no por obediencia. Por tanto, os ha repartido la gracia como quiere, no como si se le hubiera ordenado. Y, sobre todo, el Espíritu de Dios es el Espíritu de Cristo. También retened esto: El es el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, el Espíritu Paráclito.

10. Los arrianos se imaginan que es rebajar al Espíritu Santo llamarle Espíritu Paráclito. ¿Qué es Paráclito sino Consolador? ¿Como si no se hubiese leído también respecto del Padre que es *Dios de Consolación!* (14). Ves, pues, que se imaginan que se rebaja al Espíritu Santo con aquello mismo con que se proclama, con piadoso afecto, el poder del eterno Padre.

III

11. Aprende, ahora, cómo debemos orar. Muchas cualidades se refieren a la oración. No es poco saber dónde debes orar, ni es cuestión de poca importancia. Dice el Apóstol: “Quiero que los hombres oren en todo lugar elevando manos puras, sin ira ni disensión” (15). Y dice el Señor en el Evangelio: “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre” (16), ¿No te parece que se contradicen? Dice el Apóstol: “Ora en todo lugar”, y el Señor: “Ora dentro de tu aposento”. No, no se contradicen. Resolvamos esto primero, en seguida veremos cómo debes comenzar la oración y los puntos que debes distinguir, qué debes exponer, qué debes alegrar y cómo debes concluir la oración, y, después, por quién debes orar. Aprendamos todo esto.

12. En primer lugar, ¿dónde debes orar? Parece que Pablo dice una cosa, y Cristo otra. ¿Acaso pudo Pablo enseñar algo contrario a los preceptos de Cristo? No, ciertamente, ¿Por qué razón? Porque no es adversario sino intérprete de Cristo: “Sed mis imitadores —dice— como yo lo soy de Cristo” (17). ¿Y entonces? Puedes orar en todas partes y siempre en tu aposento. En todas partes tienes tu aposento. Aunque estés entre gentiles, aunque estés entre judíos, tienes en todas partes tu secreto. Tu aposento es tu espíritu. Aunque estés en medio de la muchedumbre conservas, sin embargo, en el hombre interior, tu secreto y recóndito aposento.

13. “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento”. Dice con razón: “entra”, para que no ores como el judío a quien se dijo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí” (18). Así pues, que tu oración no proceda sólo de los labios. Pon en ella todo el ánimo, entra en el retiro de tu corazón, entra totalmente. Que Aquel a quien deseas agradar no

te encuentre negligente. Que vea El que oras de todo corazón para que se digne oírte, a ti, que oras de este modo.

14. “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento”. También lees esto en otra parte: “Anda, pueblo, mío y entra en tu retiro, cierra tu puerta, ocúltate un poco hasta que pase la ira del Señor” (19). Esto ha dicho el Señor por boca del profeta. Ahora bien, dice en el Evangelio: “En cuanto a ti, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre”.

15. ¿Qué es “cerrada la puerta”? Oye que tienes una puerta que debes cerrar cuando oras. ¡Ojalá lo oyesen las mujeres! Ya lo oíste, te lo enseñó el santo David diciendo: “Pon, Señor, una guardia a mi boca y una puerta para cerrar mis labios” (20). Hay, en otro lugar, una puerta de la que habla el apóstol Pablo diciendo: “A fin de que Dios nos abra una puerta para la palabra, a fin de anunciar el misterio de Cristo” (21). Así, pues, cuando ores no quieras hacerlo a gritos, ni derramar tu oración ni pregonarla a la muchedumbre. En lo secreto ora, seguro de que puede oírte en lo secreto Aquel que ve todo y oye todo, “y ora a tu Padre en lo oculto”. Porque Aquel que ve en lo oculto te oye cuando le suplicas.

IV

16. Mas, investiguemos qué aprovecha orar en secreto, y por qué razón debemos orar así más bien que vociferando. Escucha, tomemos un ejemplo de lo que suele hacer el hombre. Si ruegas a alguien que está dispuesto a oír, no crees necesario hacerlo con clamor, sino con moderada voz le ruegas suavemente. Si ruegas a algún sordo, ¿acaso no empiezas a gritar para que te pueda oír? Aquel, pues, que grita, se imagina que de otro modo *no puede* oírle Dios sino gritando, y entonces mientras le ruega le está disminuyendo su poder. En cambio, aquel que ora en silencio demuestra fe y reconoce que Dios sondea los corazones y las entrañas (22), y que oye tu oración aun antes de que salga de tu boca.

17. Veamos, pues: “Quiero que los hombres oren en todo lugar” (23). ¿Por qué razón dice “los hombres”? Ciertamente la oración es común a hombres y mujeres. Ninguna (razón) hallo, a no ser que el Apóstol tal vez habló de los hombres por temor de

que las mujeres lo llevasen a la práctica, y entendiesen mal eso de “en todo lugar” y comenzasen a clamar por doquier, cosa que no podemos permitir en la iglesia (24).

18. “Quiero que los hombres”, esto es, los que son capaces de guardar este precepto, “oren en todo lugar elevando manos puras”. ¿Qué quiere decir “elevando manos puras”? ¿Acaso debes, cuando oras, mostrar a los gentiles la cruz del Señor? (25). Esta es, en verdad, una señal de fuerza y no de vergüenza. Existe, con todo, un modo de que puedas orar sin que hagas el gesto y es elevando tus acciones. Si quieres hacer lo que debes hacer, eleva manos puras por la inocencia. No hay por qué elevarlas (materialmente) todos los días, ya lo hiciste una vez; no es necesario que de nuevo las eleves.

19. “Quiero que los hombres oren en todo lugar elevando manos puras, sin ira y sin disensión”. Nada más verdadero. “La ira —dice (la Escritura) — pierde aun a los sabios” (26). Así, pues, en todo tiempo, en cuanto sea posible, el cristiano debe moderar la iracundia y máxime cuando se dispone a orar, para que la indignación no perturbe tu ánimo ni el furor de la ira impida tu oración. Disponte a orar más bien cuando tu corazón se apacigüe. ¿Por qué te irritas? ¿Un siervo (un subordinado tuyo) incurrió en falta? Te dispones a orar para que te sean perdonados tus delitos ¿y te indignas contra otro? Esto quiere decir, pues, *sin ira*.

V

20. Veamos ahora lo referente a la *disensión*. A menudo el que viene a orar es hombre de negocios: el avaro piensa en su dinero, otro en su ganancia, otro en el honor, otro en su pasión, y se imagina que Dios puede escucharle. De modo, pues, que cuando oras te conviene anteponer las cosas divinas a las humanas.

21. “Asimismo, quiero también que oren las mujeres” sin pavonearse con atuendos y perlas, dice el apóstol Pablo (27). Pedro también dice: “Vale mucho la gracia de la mujer, para que mediante la buena conducta de la esposa cambien los sentimientos del esposo y el incrédulo se someta a la gracia de Cristo” (28). Esto vale la seriedad y el pudor y la buena conducta de la mujer:

atrae a su marido a la fe y a la devoción, lo cual de ordinario se produce por la palabra de un varón prudente. “Por tanto —dice— no ponga la mujer su afán en el adorno de su cabello ni en sus rizos, sino en la oración que surja de corazón puro, donde está oculto el hombre interior que siempre es rico delante de Dios” (29). Tienes, pues, con qué ser rica. Tus riquezas en Cristo son el pudor y la castidad; tus adornos la fe, la devoción y la misericordia. Estos son los tesoros de la justicia, como recuerda el profeta (30).

22. Después (de lo ya dicho) veamos por dónde debes comenzar. Dime, si quieres rogar a un hombre y empiezas así: “¡Dame! he aquí lo que te pido”. ¿No te parece insolente la petición? De modo, pues, que la oración debe comenzarse por la alabanza a Dios, a fin de rogar a Dios omnipotente para quien todo es posible y tiene la voluntad de conceder. Sigue la súplica, como enseñó el Apóstol diciendo: “Exhorto, pues, ante todo, que se hagan oraciones, obsecraciones (súplicas), postulaciones (peticiones) y acciones de gracias” (31). La primera parte de la oración debe contener la *alabanza* a Dios, la segunda la *súplica*, la tercera la *petición*, y la cuarta la *acción de gracias*. No debes, como un hambriento de comida, que se lanza sobre la comida sino antes debes comenzar por las alabanzas de Dios.

23. He aquí cómo proceden los oradores prudentes, para hacer que el juez les sea propicio. Comienzan por alabarle para hacerle juez benévolo. En seguida, poco a poco, se comienza a rogar al juez que se digne oír pacientemente. En tercer lugar, se atreve a exponer su petición, a expresar lo que pide. En cuarto lugar, así como empezó con las alabanzas de Dios, así debe terminar con las alabanzas de Dios.

24. Hallas esto en la oración dominical: “Padre nuestro, que estás en los cielos”. Alabanza de Dios es llamarle Padre, proclamándose en Él la gloria de la piedad. Alabanza de Dios es que habite en los cielos, no en la tierra. “Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (32), es decir, que santifique a sus siervos. Porque su nombre es santificado en nosotros cuando los hombres se proclaman cristianos. Así, pues, “santificado sea tu nombre” es la expresión de un anhelo. “Venga tu reino”. Es la petición: que el reino de Cristo esté en todos. Si reina Dios en nosotros, el adversario no puede tener lugar. La culpa no reina, el pecado no reina, sino que reina la virtud, reina el pudor, reina la

devoción. Sigue después: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Esta petición es la mayor de cuantas se han hecho. “Y perdónanos nuestras deudas —dice—, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Por tanto, recibe todos los días, para que pidas todos los días el perdón de tu deuda. “Y no permitas que seamos inducidos en la tentación, mas líbranos del mal”. ¿Qué sigue? Oye lo que dice el sacerdote: “Por nuestro Señor Jesucristo en quien y con quien posees honor, alabanza, gloria, magnificencia y poder con el Espíritu Santo, por los siglos y ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén”.

25. Otra cosa. Aunque haya un libro de los Salmos de David, que tiene todas las cualidades de la oración como dijimos antes, sin embargo muchas veces todas esas partes de la oración se hallan en un solo Salmo, como lo comprobamos en el Salmo 8. En efecto, así comienza: “¡Oh, Señor, dueño nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!”. Es la primera parte de la oración. Viene después la obsecración (súplica): “Por que veré los cielos, obra de tus dedos”, esto es, veré los cielos, la luna y las estrellas que Tú fundaste. No dice: “veré el cielo”, sino “los cielos”, donde comienza a alborear la gracia con esplendor celestial. Pues, estos cielos se prometía para sí el Profeta, los cuales serían dados por el Señor a los que mereciesen la gracia celestial. “La luna y las estrellas que fundaste”: la luna es la Iglesia, las estrellas son las almas que resplandecen con la gracia celestial. En seguida mira su petición: “¿Qué es el hombre para que Tú lo recuerdes, o el hijo del hombre para que Tú le visites? Poco menos lo hiciste que los ángeles, de gloria y honor lo coronaste y lo constituiste sobre las obras de tus manos”. Y otra acción de gracias: “Pusiste todo bajo sus pies, las ovejas y todos los bueyes, y aun las bestias del campo” (33).

26. Hemos enseñado según nuestra capacidad, lo que tal vez no hemos aprendido, y lo hemos expresado como pudimos. Que vuestra santidad, instruida con las enseñanzas sacerdotales, trate de retener lo que ha recibido, para que vuestra oración sea aceptada a Dios, y vuestra ofrenda sea como una hostia pura, y reconozca El en vosotros su sello, a fin de que podáis, también vosotros, alcanzar la gracia y el premio de las virtudes, por nuestro Señor Jesucristo, a quien pertenece la gloria, el honor, la alabanza, la perpetuidad, desde los siglos y ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Juan 6, 56.
2. Juan 6, 54.
3. Juan 6, 61-62.
4. Juan, 6, 69.
5. Juan 6, 41.
6. II Corintios 1, 21-22.
7. Cantar 8, 6.
8. Romanos 6, 6-8.
9. Gálatas 1, 6.
10. Romanos 6, 6.
11. Ver *supra* IV, 8.
12. I Corintios. 12, 4-6.
13. I Corintios 12, 11.
14. II Corintios 1, 3.
15. I Timoteo 2, 8.
16. Mateo, 6, 6.
17. I Corintios. 11, 1.
18. Isaías 29, 13. Mateo 15, 8.
19. Isaías 26, 20.
20. Salmo 140, 3.
21. Colosenses 4, 3. Cf. I Corintios 16, 9; II Cor. 2, 12; aquí "puerta" tiene sentido de "ocasión", "oportunidad", "posibilidad".
22. Salmo 7, 10.
23. I Timoteo 2, 8.
24. Parece ser que en los turbulentos tiempos de San Ambrosio, en que hubo de defender la posesión de su catedral del apoderamiento de los arrianos permaneciendo en ella con los fieles. día y noche, era difícil mantener el silencio en el recinto de la iglesia. Así, dice el santo (*In Ps. I, praef. 9*): "Quantum laboratur in ecclesia ut fiat silentium, cum lectiones leguntur!" (¡Cuánto cuesta se haga silencio en la iglesia, cuando se leen las lecciones!).
25. La elevación de las manos al orar —señal de humanidad y súplica— es desde antiguo el gesto del orante. Véase en el Antiguo Testamento: Exodo 17, 11; Lamentaciones 3, 45; Salmos 118, 48 y 140, 2. Para los cristianos era la actitud familiar (corregidos los excesos), que los condujo al gesto de los brazos en cruz. Inspiró esta actitud, desde los tiempos apostólicos, el pensamiento de reproducir la posición de Cristo en la cruz, donde así oró en las tres horas de su agonía. Este gesto perdura en la actitud del sacerdote en la Misa. Es no sólo una postura conveniente, sino también una meritoria mortificación. Pero a esta elevación de las manos debe acompañar —como dice San Ambrosio— la pureza (el estado de gracia que se adquirió por primera vez en el Bautismo). Se le preguntó a San Macario: "¿Cómo debemos orar?". Y respondió: "No es necesario usar muchas palabras, basta tener las manos elevadas". Véase Tertuliano (*De oratione*, c. XIV); San Agustín (*Enar. in psalmos*, Ps. LXII); San Ambrosio (*De virginibus*, I, II). Decía el santo Cura de Ars: "El hombre está hecho sobre el modelo de la cruz".
26. Proverbios 15, 1 (Setenta).
27. I Timoteo 2, 9.
28. I Pedro 3, 1.
29. I Pedro 3, 3-4.

30. No se puede localizar la cita bíblica correspondiente. Tal vez haga alusión a Col. 2, 3 y Gálatas 5, 22, y a expresiones semejantes de los Salmos.
31. I Timoteo 2, 1.
32. Mateo 6, 9. Para el primer comentario del Padrenuestro, véase *supra* V, 18-19.
33. Salmo 8, 1-8.

LOS MISTERIOS

I

1. Cada día hemos tenido una instrucción moral cuando se hizo lectura de los hechos de los Patriarcas o de las máximas de los Proverbios, a fin de que instruidos y educados con ellos os acostumbréis a entrar en las vías de nuestros antepasados, a seguir su camino y a obedecer los oráculos divinos, y, así, renovados por el bautismo, viváis como corresponde a los que han sido purificados.

2. Ahora el tiempo nos invita a hablar acerca de los misterios (1) y a daros la explicación misma de los sacramentos. Si hubiésemos pensado insinuároslo antes del bautismo, cuando aún no estabais iniciados, se hubiera considerado esto como traición de nuestra parte, más que como tradición. Además, la luz de los misterios penetra mejor en aquellos que no se lo esperan, que si se lo hiciera preceder de alguna disertación.

3. Abrid, pues, los oídos, y aspirad el buen olor de la vida eterna que os ha sido derramado mediante el don de los sacramentos. Es lo que os hicimos notar cuando dijimos, al celebrar el misterio de la “apertura”: “¡Effeta!, es decir, ábrete” (2), para que todos los que iban a venir a la gracia supieran lo que se les preguntaría y se acordaran de lo que debían responder.

4. Cristo celebró este misterio en el Evangelio —como leemos— cuando curó al sordomudo. Pero El tocó la boca porque curaba no sólo a uno que era mudo, sino también a uno que era varón: por una parte, porque quería abrirle la boca para el sonido de la voz que en ella infundía, y, por la otra, porque este tacto que convenía a un varón, no hubiera sido conveniente hacerlo a una mujer.

II

5. Después, te fue abierto el Santo de los Santos, entraste en el santuario de la regeneración. Recuerda lo que se te preguntó, acuérdate de lo que respondiste. Renunciaste al diablo y a sus obras, al mundo y a su lujuria y a sus voluptuosidades (3). Tu palabra se conserva no en un sepulcro de muertos, sino en el libro de los vivos.

6. Viste allí al levita, viste al sacerdote, viste al sumo sacerdote. No consideres las figuras de sus cuerpos, sino la gracia de su ministerio. Hablaste en presencia de los ángeles, como está escrito: "Los labios del sacerdote guardan la ciencia y de sus labios se ha de aprender la ley, porque él es ángel del Señor omnipotente" (4). No hay error, no hay lugar a negación, es el ángel que anuncia el reino de Cristo y la vida eterna. No le debes estimar por su apariencia, sino por su función. Considera lo que te ha transmitido, aprecia su utilidad, reconoce su grandeza.

7. Entrado, pues, para pelear contra tu adversario a quien pensaste había que renunciar dándole la cara, te vuelves hacia el Oriente, porque quien renuncia al diablo vuélvese hacia Cristo, y le mira directamente al rostro (5).

III

8. ¿Qué viste? Agua, en verdad, pero no sola: a levitas que ejercían allí su ministerio, al sumo sacerdote que interrogaba y consagraba (6). El Apóstol, ante todo, te enseñó que no hay que contemplar "lo que se ve, sino lo que no se ve, porque lo que se ve es temporal, y, en cambio, lo que no se ve es eterno" (7). Porque también en otro lugar dice: "Porque lo invisible de Dios, el eterno poder y su divinidad, se hacen notorios desde la creación del mundo, siendo percibidos por sus obras". Por lo cual dice el Señor mismo: "Si no me creéis a Mí, creed al menos en mis obras" (9). Cree, pues, que allí está la presencia de la Divinidad. Crees en su operación ¿y no crees en su presencia? ¿De dónde se seguiría la operación si no precediese la presencia?

9. Ahora bien, considera cuán antiguo es este misterio prefigurado en el origen mismo del mundo. En el principio mismo, cuando

Dios hizo el cielo, y la tierra. “el Espíritu —dice la Escritura— se movía sobre las aguas” (10). ¿Acaso quien se movía sobre las aguas no ejercía acción (*obraba*) sobre las aguas? ¿Qué diré? ¡Seguro que ejercía acción! El moverse sobre el agua concierne a la presencia. ¿Y no obraba Aquel que se movía? Sábetete que obraba en la creación del mundo, cuando te dice el profeta: “Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su potencia por soplo de su boca” (11). Ambas cosas apóyanse en el testimonio profético: tanto que se movía, cuanto que obraba. Que se movía, lo dice Moisés (en el Génesis, 1, 2), que obraba, lo atestigua David (en el salmo 32, 6).

10. Oye otro testimonio. Corrupta estaba toda carne por sus iniquidades. “No permanecerá —dijo Dios— mi espíritu en los hombres, porque son carne” (12). Con lo cual pone de manifiesto Dios que la inmundicia de la carne (su impureza) y la mancha del pecado grave apartan la gracia espiritual. Por lo cual, queriendo Dios reemplazar lo que faltaba, hizo el diluvio y ordenó al justo Noé que subiera al arca (13). Cuando el diluvio se retiró, primero mandó (Noé) un cuervo que no volvió, y después una paloma que —como se lee (Génesis 8, 1-11)— volvió con un ramito de olivo. Ves el agua, ves el leño, percibes la paloma. ¿y dudas del misterio?

11. El agua es, pues, aquella donde la carne se sumerge para que se borre todo pecado de la carne. Allí todo delito es sepultado. El leño es aquel en el cual fue clavado el Señor Jesús cuando padeció por nosotros. Es la paloma, bajo cuya apariencia descendió el Espíritu Santo —como lo aprendiste en el Nuevo Testamento— quien te inspira la paz del alma, la tranquilidad de la mente. El cuervo es figura del pecado que se va y no vuelve, si en ti se mantienen la observancia y el ejemplo del justo.

12. Un tercer testimonio hay, también, como te enseña el Apóstol: “Porque nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos pasaron el Mar Rojo y fueron todos bautizados en Moisés en la nube y en el mar” (14). Además, el mismo Moisés dice en su cántico: “Enviaste tu Espíritu (soplo) y los anegó el mar” (15). Advierte que en aquel tránsito de los judíos (por el Mar Rojo), en que pereció el egipcio y se salvó el hebreo, ya estaba prefigurado entonces de antemano el sagrado Bautismo. Porque, ¿qué otra enseñanza recibimos con esto cada día, sino que la culpa es anegada y el error abolido, mientras que la piedad y la inocencia permanecen intactas?

13. Oyes que nuestros padres estuvieron bajo la nube, y buena nube es ésta que enfrió el incendio de las pasiones de la carne. Buena nube que cubre con su sombra a los que visitó el Espíritu Santo. Sobrevino después, a la Virgen María y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra (16), cuando engendró la Redención del género humano. Y ese milagro fue hecho en figura por Moisés. Si, pues, el Espíritu Santo estuvo presente en la figura, ¿acaso no lo está en la verdad (realidad) cuando la Escritura te dice: “La Ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo”? (17).

14. La fuente Mara, era amarga. Moisés puso en ella un leño y se volvió dulce (18). Porque el agua sin la predicación de la cruz del Señor ninguna utilidad reporta para la futura salvación, mas, cuando es consagrada por el misterio de la Cruz salutífera, entonces se temple para servir de baño espiritual y de copa saludable. Así, pues, como Moisés —esto es, el profeta— puso el leño en aquella fuente, así también el sacerdote pone en esta fuente la predicación de la cruz del Señor, y el agua se hace dulce para la gracia (19).

15. No creas, pues, solamente a los ojos del cuerpo. Es más visible lo que no se ve, porque esto que se ve es temporal; aquello que no se ve con los ojos es eterno. Más se ve (con los ojos de la fe) lo que no se ve (con los ojos del cuerpo), porque es penetrado por el ánimo y la mente (20).

16. Sírvate además de enseñanza, la lectura que se acaba de hacer del libro de los Reyes (21). Naamán era sirio y tenía lepra y nadie podía curarle. Entonces una muchacha cautiva dijo que había un profeta en Israel, que podría limpiarle la enfermedad de la lepra. Tomó —dice— oro y plata, y fuese al rey de Israel. El cual, conocido que hubo la causa de su llegada, rasgó sus vestiduras diciendo que más bien se trataba de un pretexto para probarle (por parte del rey de Siria), por cuanto se le exigía algo que no dependía de su poder real. Mas Eliseo intimó al rey le enviase al sirio para que conociese que había Dios en Israel. Y cuando llegó, le mandó que se sumergiese siete veces en el río Jordán.

17. Entonces Naamán comenzó a decirse que en su patria había mejores aguas, en las que a menudo se había bañado sin nunca ser purificado de la lepra. Detenido por esto, no obedecía las órdenes del profeta. Pero, aconsejado y persuadido por sus

siervos, asintió y se bañó, y, purificado instantáneamente, comprendió que no era obra del agua el que uno se purifique, sino de la gracia.

18. Conoce ahora quién es aquella muchacha de entre los cautivos. Quiere decir: la joven asamblea de entre los gentiles, esto es, la Iglesia del Señor, abatida antes por la cautividad del pecado, cuando aún no tenía la libertad de la gracia, pero cuyo consejo el vano pueblo de los gentiles escuchó la palabra profética de la cual antes, por mucho tiempo, había dudado. Después, sin embargo, desde que creyó que debía obedecer, fue lavado de toda la infección de los vicios. Dudó él antes de ser sanado. Tú has sido ya curado, por consiguiente no debes dudar.

IV

19. Por eso se te ha dicho ya antes que no creas sólo lo que ves, no sea que digas tú también: “¿Este es aquel misterio que el ojo no vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre subió?” (22). Veo el agua que veía todos los días, ¿me habrá ella de purificar, ella a la que a menudo he descendido sin jamás ser purificado? Entiende, por ahí, que el agua no purifica sin el Espíritu.

20. Y también por eso leíste que en el bautismo *tres testigos son uno: el agua, la sangre y el espíritu* (23). Porque si retiras uno de ellos, ya no queda en pie el sacramento del bautismo. En efecto, ¿qué es el agua sin la cruz de Cristo? (24). Un elemento común sin ningún efecto sacramental. Ni, sin agua, tampoco hay misterio de la regeneración. Porque “quien no renaciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (25). También el catecúmeno cree en la cruz del Señor con la cual ha sido signado, mas si no fuere bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, no puede percibir la remisión de sus pecados ni obtener el don de la gracia espiritual (26).

21. Así, pues, aquel sirio se sumergió siete veces en la Ley (representada por el río Jordán; *figura*, a su vez, del Bautismo del Nuevo Testamento); tú, en cambio, fuiste bautizado en el nombre de la Trinidad. Confesaste al Padre, confesaste al Hijo, confesaste al Espíritu Santo. Recuerda lo que hiciste. Observa el orden de los hechos en esta confesión. Has muerto para el mundo y resucitaste

para Dios, y, en cierto modo, fuiste sepultado en este elemento del mundo (el agua) y, muerto para el pecado, resucitaste para la vida eterna. Cree, pues, que esta agua no es vana (27).

22. Por eso se te ha dicho que: “Un ángel del Señor bajaba cada cierto tiempo a la piscina y se agitaba el agua, y el primero que descendía a la piscina, después de la agitación del agua, se curaba de cualquier enfermedad que le aquejase” (28). Esta piscina estaba en Jerusalén y en ella se sanaba una persona al año, pero nadie se sanaba antes que descendiese el ángel. Para que se cayera en la cuenta que descendía el ángel, a causa de los incrédulos, se agitaba el agua. Para éstos era el prodigio, para ti es la fe. Para ellos descendía un ángel, para ti el Espíritu Santo. Para ellos se agitaba una criatura (el agua), para ti Cristo, dueño de la criatura, es quien obra en persona.

23. Entonces uno sólo era curado, ahora todos son sanados o, ciertamente, uno solo: el pueblo cristiano. Porque también hay entre algunos “un agua engañosa”. No sana el bautismo de los pérfidos, no purifica sino mancha. El judío bautiza (lavado ritual) jarros y copas, como si las cosas insensibles pudiesen contraer culpa o recibir la gracia (29). Bautiza tú este cáliz sensible que eres tú; que brillen en él tus buenas obras, que el esplendor de tu gracia resplandezca en él. Así, pues, aquella piscina era también una figura, para que creas que a esta fuente (bautismal) desciende la virtud divina.

24. En fin, aquel paralítico esperaba a un hombre. ¿Cuál, sino al Señor Jesús nacido de la Virgen, a cuya venida ya no sería la sombra la que sanaría a uno por año, sino la verdad que sanaría a todos juntos? Este es, pues, Aquel a quien se esperaba que descendiese, acerca del cual dijo Dios Padre a Juan Bautista: “Aquel sobre quien vieres descender del cielo el Espíritu y posarse sobre El, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo” (30). De El dio testimonio Juan diciendo: “Vi al Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre El”. Y aquí, ¿por qué el Espíritu descendió como paloma, sino para que vieses, para que reconocieses que aquella paloma, que el justo Noé hizo salir del arca, fue imagen de esta otra paloma, a fin de que reconozcas la imagen del sacramento?

25. Acaso digas: “Si aquella fue una verdadera paloma enviada (por Noé) y aquí (en el Jordán) descendió como una paloma, ¿cómo decimos que aquello fue una figura y esto una verdad

(realidad), cuando según los griegos está escrito que el Espíritu descendió *bajo la apariencia* de una paloma?” (31). Pero, ¿qué hay que sea tan verdadero (real) como la Divinidad que permanece siempre? En cambio la criatura no puede ser verdad sino apariencia, que fácilmente se desvanece y cambia. Al mismo tiempo que la sencillez de los que se bautizan no debe ser sólo en apariencia, sino en verdad. De ahí que también diga el Señor: “Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (32). Con mucha razón, pues, descendió como una paloma, para advertirnos que debemos tener la sencillez de la paloma. Pero también leemos que es menester tener apariencia” en el sentido de “verdad”, a propósito de Cristo: “Y en apariencia fue hallado como hombre” (33), y a propósito de Dios Padre: “Vosotros ni siquiera habéis visto su “apariencia” (34).

V

26. No es posible, pues, que dudes cuando evidentemente te clama el Padre en el Evangelio, diciendo: “Este es mi Hijo en quien me he complacido” (35); cuando te lo dice el Hijo, sobre el cual se manifestó el Espíritu Santo como paloma; cuando te lo dice David: “Voz del Señor sobre las aguas, tronó el Dios de la majestad, el Señor sobre las muchas aguas” (36); cuando la Escritura te atestigua que, por la oración de Jerobaal descendió fuego del cielo y, otra vez, al ruego de Elías fue enviado el fuego que consagró el sacrificio (37).

27. No consideres los méritos de las personas, sino las funciones de los sacerdotes. Y, si haces cuenta de los méritos, así como estimas a Elías, ten cuenta también de los méritos de Pedro y Pablo, que nos transmitieron este misterio que ellos recibieron del Señor Jesús. A aquéllos se les enviaba un fuego visible para que creyesen; para nosotros, que creemos, es un fuego invisible el que obra; para ellos les fue enviado como figura, para nosotros, como advertencia. Cree, pues, que está presente, invocado por las preces del sacerdote, el Señor Jesús que dijo: “Donde dos o tres se hallaren reunidos en mi nombre, allí también estoy yo” (38). Cuanto más allí donde está la Iglesia, allí donde están sus misterios, se digna conceder su presencia.

28. Descendiste, pues (a la fuente bautismal). Recuerda lo que respondiste: que crees en el Padre, que crees en el Hijo, que crees en el Espíritu Santo. No tienes allí: “Creo en uno mayor y en uno menor y en uno último”. Mas, por la misma garantía de tu palabra estás obligado a que del mismo modo creas en el Hijo como crees en el Padre, y del mismo modo creas en el Espíritu Santo como crees en el Hijo, con esta sola excepción: que tú confieras que debe creerse en la cruz del sólo Señor Jesús (39).

VI

29. Después subiste adonde estaba el sacerdote. Considera lo que siguió. ¿No es, acaso, lo que dice David: “Como unguento en la cabeza, que descendió a la barba, a la barba de Aarón”? (40). Este es el unguento de que también habla Salomón: “Tu nombre es perfume derramado, por eso te amaron las doncellas y te atrajeron” (41). ¡Cuántas almas renovadas hoy te han amado, Señor Jesús, diciendo: “Atráenos, corramos en pos del olor de tus vestiduras” (42), para disfrutar de la fragancia de la resurrección!

30. Entiende por qué se hace esto: “Porque los ojos del sabio están en su cabeza” (43). He aquí por qué desciende a la barba, es decir, en la gracia de la juventud; y ¿por qué a la barba de Aarón?: para que te conviertas en linaje escogido, sacerdotal, precioso (44). Porque todos somos ungidos por la gracia espiritual (45) para el reino de Dios y el co-sacerdocio (46).

31. Subiste de la fuente. Acuérdate de la lectura del Evangelio. En efecto, nuestro Señor Jesús lavó los pies a sus discípulos (47). Cuando llegó a Simón Pedro, dijo Pedro: “Jamás me lavarás los pies” (48). No advirtió el misterio, y, por ende, rehusó el servicio, porque creyó que se agravaba la humillación del siervo si admitía sin resistencia el obsequio del Señor. El cual le dijo: “Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo”. Oído lo cual, Pedro: “Señor — dijo — no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza”. Le respondió el Señor: “El que se lavó no necesita lavarse, a no ser solamente los pies, porque está todo limpio” (49).

32. Limpio estaba Pedro, pero debía lavarse los pies, porque tenía el pecado de la sucesión del primer hombre (50), cuando la serpiente le derribó y le indujo a error. Por eso se le lava los pies

para quitar los pecados hereditarios. En efecto, los nuestros propios son perdonados por el bautismo.

33. Aprende, al mismo tiempo, que el misterio de la humildad consiste en el servicio. Dice, en efecto: "Si yo, el Señor y Maestro, os he lavado a vosotros los pies, cuanto más debéis también vosotros lavaros los pies unos a otros" (51). Porque habiéndonos redimido el mismo autor de la salvación mediante la obediencia (52), cuanto más debemos nosotros, sus indignos siervos, ofrecer el homenaje de la humildad y de la obediencia.

VII

34. Después de esto, recibiste las vestiduras blancas, para indicar que te despojaste de la envoltura del pecado y te vestiste con los vestidos castos de la inocencia. De éstos dijo el profeta: "Me rociarás con el hisopo y seré limpiado, me lavarás y seré más blanco que la nieve" (53). Se ve, pues, tanto por la Ley como por el Evangelio, que quien es bautizado es limpiado. Según la Ley, porque Moisés rociaba la sangre del cordero con un manojo de hisopo (54). Según el Evangelio, porque las vestiduras de Cristo eran blancas como la nieve, cuando mostró en el Evangelio la gloria de su resurrección (55). Por tanto, más blanco que la nieve se hace aquel a quien se le perdona la culpa. De ahí que también diga el señor, por Isaías: "Aunque tus pecados fueren como la grana, los haré blancos como la nieve" (56).

35. Después de haber recibido estas vestiduras blancas por el baño de la regeneración, dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: "Negra soy y hermosa, ¡oh hijas de Jerusalén!" (57). Negra por la fragilidad de la condición humana, hermosa por la gracia; negra porque estoy compuesta de pecadores, hermosa por el sacramento de la fe. Al contemplar estas vestiduras, dicen estupefactas las hijas de Jerusalén: "¿Quién es ésta que sube toda vestida de blanco? (58). Esta era negra, ¿de dónde le viene que ahora sea blanca?"

36. Quedaron perplejos también los ángeles cuando Cristo resucitó, las potestades de los cielos quedaron perplejas viendo que la carne subía al cielo. Decían entonces: "¿Quién es ese rey de gloria?" Y mientras unos decían: "Alzad las puertas de vuestro

príncipe y elevaos puertas eternas, y entrará el rey de la gloria”: otros dudaban diciendo: “¿Quién es este rey de gloria?” También en Isaías lees que las virtudes de los cielos dudaban y decían: “¿Quién es éste que asciende de Edón? El rojo de sus vestiduras es de Bosrá; hermoso es en su túnica blanca” (60).

37. Ahora bien, Cristo, viendo con vestiduras blancas a su Iglesia, por la cual —como lees en el libro del profeta Zacarías— él se había vestido con sórdidas vestiduras (61), o (viendo) al alma limpia y lavada por el baño de la regeneración (62), dice: “¿Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Tus ojos son como de paloma” (63), bajo cuya apariencia el Espíritu Santo descendió del cielo. Tus ojos son hermosos como de paloma, porque El descendió —como dijimos más arriba— como paloma.

38. Y poco después (agrega Jesús): “Tus dientes son como hato de cabras de esquila que subieron del baño, que producen, todas, crías mellizas sin que haya estéril entre ellas. Como cinta de grana son tus labios” (64). No es mediocre esta alabanza. Primero, por la dulce comparación de las cabras de esquila. Las cabras, en efecto, sabemos que pastan sin peligro en las alturas y pacen seguras en los lugares abruptos, y, además, cuando se las esquila se las descarga de lo superfluo. Con el rebaño de ellas es comparada la Iglesia, que posee en sí muchas virtudes de las almas que, por el baño, apartan la superfluidad de sus pecados y ofrecen a Cristo la mística *fe* y la gracia *moral*, y hablan de la cruz del Señor Jesús.

39. Hermosa es la Iglesia en estas (almas). Por eso el Verbo de Dios le dice: “Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay defecto en ti”, porque la culpa fue sumergida (65). “Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano; pasarás y atravesarás desde el principio de la fe” (66), porque renunciando al mundo pasó el siglo y atravesó hasta Cristo. Y otra vez, Dios Verbo le dice: “Qué hermosa y suave te has hecho, el amor está en tus delicias. Tu talle se ha hecho semejante a la palmera, y tus pechos son racimos” (67).

40. La Iglesia le responde: “Quién me diera que fueses, hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre. Al encontrarte afuera te besaría, y no me despreciarían. Yo te llamaría y te introduciría en la casa de mi madre, en lo íntimo de la que me ha concebido. Tú me enseñarás” (68). ¿Ves cómo, deleitada por el don de las gracias (69), desea ella penetrar hasta los misterios más in-

teriores y consagrar a Cristo todas sus potencias? Ella busca aún, ella despierta aún más el amor y pide que sean despertadas para ella las hijas de Jerusalén, es decir, las almas fieles, con ayuda de las cuales desea provocar al esposo a un más rico amor por ella (70).

41. Así el Señor Jesús, invitado por tanta voluntad de amor, por la delicadeza de su hermosura y de su gracia —pues en los que han sido lavados (en el Bautismo) ya no hay suciedad de delitos— dice a la Iglesia: “Ponme como sello en tu corazón, como sello en tu brazo” (71), esto es: “Hermosa eres, amiga mía, toda hermosa eres, nada te falta (72). “Ponme como sello en tu corazón”, para que tu fe resplandezca en la plenitud del sacramento. ¡Que brillen también tus obras y manifiesten la imagen de Dios, a cuya imagen fuiste hecha! ¡Que no disminuya tu amor por persecución alguna, que no puede ser extinguido por las muchas aguas, que los ríos no pueden anegar! (73).

42. Así, pues, acuérdate que recibes el Sello espiritual (74), “el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de conocimiento y de piedad, el Espíritu del santo temor” (75), y guarda lo que recibiste. Dios Padre te signó, Cristo Señor te confirmó y puso en tu corazón las arras del Espíritu, como te lo enseñó la lectura del Apóstol (76).

VIII

43. El pueblo, lavado, y enriquecido con estas insignias, se dirige hacia los altares de Cristo, diciendo: “Me acercaré al altar de Dios, de Dios que alegra mi juventud” (77). Porque, depuestos los despojos de sus antiguos errores, renovada su juventud, como la del águila (78), se apresura a acercarse al celestial convite. Viene, pues, y ve el sacrosanto altar convenientemente preparado, y exclama: “Preparaste delante de mí una mesa”. A este (pueblo) es a quien hace hablar David, cuando dice: “El Señor me apacienta y nada me faltará. En verde pradera me colocó. Me condujo al agua de restauración”. Y luego agrega: “Aunque ande en medio de la sombra de la muerte, ningún mal temeré, porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu báculo me han consolado (infundido aliento). Preparaste delante de mí una mesa contra los que me

atribulan. Ungiste con óleo mi cabeza, y tu cáliz embriagador ¡cuán preclaro es! (79).

44. Ahora, examinemos esto, no sea que alguno, viendo las cosas visibles —porque no se ven las cosas invisibles ni las pueden abarcar los ojos humanos— diga tal vez: “Dios hizo llover maná y codornices a los judíos; mientras que para la Iglesia muy amada, lo que le preparó es aquello de que se ha dicho: “Que el ojo no vio ni el oído oyó ni subió al corazón del hombre, lo que preparó Dios para los que le aman” (80). Así, pues, para que ninguno diga esto, con suma atención queremos probar que los sacramentos de la Iglesia no sólo son más antiguos que los de la Sinagoga, sino también superiores al maná.

45. Que son más antiguos lo enseña la lectura del Génesis que se acaba de hacer (81). La Sinagoga, en efecto, tuvo principio por la ley de Moisés. Ahora bien, Abrahán fue muy anterior. Después de vencer a sus enemigos y rescatar a su sobrino, cuando saboreaba la victoria, entonces le salió al encuentro Melquisedec, quien le presentó las ofrendas que Abrahán recibió con veneración. No fue Abrahán quien ofreció, sino Melquisedec que es presentado como “sin padre ni madre ni comienzo ni fin de días”, sino semejante al Hijo de Dios, de quien dice Pablo a los Hebreos que “permanece sacerdote para siempre (82). El cual, según la interpretación latina, es llamado “rey de justicia, rey de paz”.

46. ¿No te das cuenta quién puede ser éste? ¿Puede acaso un hombre (que no sea Dios a la vez) ser rey de justicia, cuando apenas es justo? ¿Puede ser rey de paz, cuando apenas puede ser pacífico? (83). El es sin madre según la Divinidad, porque es engendrado por Dios Padre, de una misma substancia con el Padre. Sin padre según la Encarnación porque nació de la Virgen. No tiene ni comienzo ni fin, porque El mismo es comienzo y fin de todo, “el primero y el último” (84). Por tanto, no es don humano sino divino el sacramento que has recibido, traído por aquel que bendijo a Abrahán, padre de la fe, aquel de quien admiras la gracia y los hechos.

47. Probado está que los sacramentos de la Iglesia son más antiguos. Conoce, ahora, que son superiores. Es en verdad admirable que Dios haya hecho llover maná para nuestros padres (85), y que con alimento cotidiano del cielo hayan sido alimentados. Por eso se ha dicho: “El pan de los ángeles ha comido el hombre” (86).

Pero con todo, aquellos que comieron ese pan en el desierto todos murieron. Este alimento, en cambio, que tú recibes, este Pan vivo que descendió del Cielo”, administra el sustento de la vida eterna y quien le comiere “no morirá jamás” (87). Es el cuerpo de Cristo.

48. Considera, ahora, cuál sea superior: si el pan de los ángeles o la carne de Cristo, que ciertamente es el Cuerpo de vida (que da la vida). Aquel maná era del cielo, éste está sobre el cielo; aquél era del cielo, éste es del Señor del cielo; aquél se corrompía si se guardaba de un día para el otro (88), éste es ajeno a toda corrupción, y quien religiosamente le gustare no puede experimentar la corrupción (89). Para aquéllos (los judíos) manó el agua de la piedra, para ti la sangre de Cristo. A ellos el agua los satisfacía momentáneamente, a ti la Sangre te lava eternamente. El judío bebió y tuvo sed, tú, cuando bebes, ya no puedes tener sed. En fin, todo aquello sucedía como sombra (figura), esto sucede en la verdad.

49. Si aquello que admiras no es más que la sombra, ¿cuánto más deberás admirarte de esto, cuya sombra es aquella que admiras! Oye: es la sombra la que se manifestó a los padres: “Bebían —dice— de la piedra que (les) seguía. Ahora bien, la piedra era Cristo. Con todo, la mayor parte de ellos no agradó a Dios, pues fueron postrados en el desierto. Ahora bien, todas estas cosas fueron hechas en figura para nosotros (para nuestra enseñanza)” (90). ¿Has comprendido qué cosas valen más?: la luz, en efecto, es preferible a la sombra; la verdad, a la figura; el cuerpo del Creador, al maná del cielo.

IX

50. Acaso digas: “Yo veo otra cosa, ¿cómo me dices que recibo el cuerpo de Cristo”? Esto es lo que nos falta aún por probar. ¡Cuán grande, en verdad, son los ejemplos que utilizamos! Probemos que esto no es lo que la naturaleza ha producido sino lo que la bendición ha consagrado, y que mayor es el poder de la bendición que el de la naturaleza, pues por la bendición se cambia la misma naturaleza.

51. Moisés tenía su vara, la arrojó (a tierra) y se hizo una serpiente. Tomó la cola de la serpiente y volvió a la naturaleza de

vara (91). Ves, pues, que por la gracia profética fue cambiada dos veces la naturaleza, la de la serpiente y la de la vara. Por los ríos de Egipto corrían aguas claras; de súbito, comenzó a manar sangre de las venas de las fuentes y no había agua potable en los ríos (92). Otra vez, por la oración del profeta cesó de correr la sangre de los ríos, y retornó la naturaleza de las aguas. Cercado por todas partes estaba el pueblo hebreo: por un lado, le sitiaban los egipcios; por el otro, le detenía el Mar Rojo. Moisés levantó su vara: se separó el agua y se endureció como muralla de agua, un camino por donde se podía pasar a pie (93). El Jordán, volviéndose atrás, contra su naturaleza, retornó a la fuente de donde nace (94). ¿Acaso no es claro que fue cambiada la naturaleza de las olas del mar y el curso del río? Tenía sed el pueblo de los padres: tocó Moisés la piedra y brotó agua de la piedra (95). ¿Acaso no obró la gracia preternaturalmente para que la piedra vomitara agua, que no tenía por naturaleza? Fuente amarguísima era la de Mara, tanto que el pueblo sediento no podía beber de ella. Moisés puso un leño en el agua, y la naturaleza de las aguas perdió su amargura, que la gracia infundida mitigó súbitamente (96). En tiempo de Eliseo, a un hijo (discípulo) de profeta se le escapó el hierro de la segur y al instante se hundió en el agua. El que había perdido el hierro rogó a Eliseo. También Eliseo puso un leño en el agua y el hierro sobrenadó en el agua (97). También nos damos cuenta que esto se hizo de manera superior a la naturaleza: en efecto, la materia del hierro es más pesada que el líquido de las aguas.

52. Advertimos, pues, que mayor es el poder de la gracia que el de la naturaleza, y, sin embargo, todavía ponemos límite a la gracia de la bendición profética. Si tanto puede la bendición de un hombre, que cambia la naturaleza, ¿qué habremos de decir, entonces, de la consagración divina, en la cual obran las palabras mismas del Señor Salvador? (98). Pues este sacramento que recibes se produce por la palabra de Cristo. Si tanto pudo la palabra de Elías, que hizo descender fuego del cielo, ¿no podrá, acaso, la palabra de Cristo cambiar la naturaleza de los elementos? Léiste, acerca de las obras de todo el universo, que: “El dijo, y fueron hechas, El ordenó, y fueron creadas” (99). La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no era, ¿no puede, acaso, cambiar las cosas que son en lo que no eran? Porque no es menos dar a las cosas nueva naturaleza que cambiar su naturaleza.

53. Mas, ¿por qué servirnos de argumentos? utilicemos sus ejemplos y establezcamos la verdad del misterio de la Encarnación. ¿Acaso precedió el curso ordinario de la naturaleza, cuando el Señor Jesús nació de María? Si buscamos el orden natural, lo natural es que la mujer engendre por unión con un hombre. Es evidente, pues, que la Virgen engendró fuera del orden natural. Y esto que nosotros producimos (mediante la Consagración), es el cuerpo nacido de la Virgen. ¿Por qué buscar aquí el orden de la naturaleza en el cuerpo de Cristo, cuando el mismo Señor Jesús fue dado a luz por una virgen? Por tanto, es la verdadera carne de Cristo, que fue crucificada, que fue sepultada. Verdaderamente es el sacramento de su Carne.

54. Lo afirma el mismo Señor Jesús: "Esto es mi cuerpo". Antes de la bendición con las palabras celestiales, se lo llama con otro nombre (pan); después de la consagración significa Cuerpo. El mismo Jesús dice que es su sangre. Antes de la consagración se llama otra cosa; después de la consagración se la proclama Sangre. Y tú dices: "Amén", es decir, "es verdad" (100). Lo que habla la boca, reconózcalo la mente íntima; lo que la palabra pronuncia, lo reafirme el corazón.

55. Con estos sacramentos, pues, alimenta Cristo a su Iglesia, con ellos corrobora la sustancia del alma, y con razón, viendo el progreso de la gracia que contiene, le dice: "¡Qué hermosos son tus pechos, hermana mía, esposa! ¡Cuanto más que el vino; y la fragancia de tus vestiduras que todos los aromas! Miel destilan tus labios ¡oh esposa! miel y leche hay debajo de tu lengua y el perfume de tus vestiduras es como el olor del Líbano. Huerto cerrado eres, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada" (101). Con lo cual significa que en ti debe permanecer sellado el misterio, que no sea violado por las obras de una vida mala, ni la castidad por el adulterio, ni que se divulgue entre aquellos a quienes no conviene, ni se esparza con gárrula locuacidad entre los pérfidos. Buena debe ser, pues, la guarda de la fe, a fin de que permanezca incólume la integridad de tu vida y tu silencio.

56. De ahí que la Iglesia, guardando la profundidad de los misterios celestiales, rechaza de sí las pesadas borrascas del viento y atrae la suavidad de la gracia primaveral, y, sabiendo que su huerto no puede desplacer a Cristo, llámale a él, su esposo, diciendo: "¡Surge, Aquilón, y ven; Austro, sopla en mi huerto; y

que se difundan mis perfumes! Descienda mi hermano a su huerto y coma el fruto de mis manzanos" (102). Porque tiene buenos árboles y fructíferos, cuyas raíces se impregnan con el riego de la sagrada fuente, y pululan en buenos frutos con el germen de nueva fecundidad, de modo que no los corta ya el hacha profética, sino que los fecunda la abundancia evangélica (103).

57. En seguida el Señor, deleitado también por la fecundidad de aquellos árboles, le responde: "Entré en mi huerto, hermana mía, esposa, vendimié la mirra con mis unguentos, comí mi alimento con mi miel, bebí mi bebida con mi leche" (104). Tú, que tienes fe, entiende por qué habla de comida y de bebida. No hay duda que El come y bebe en nosotros, así como El se dice encarcelado en nosotros (105).

58. Por lo cual la Iglesia, a su vez, viendo tanta gracia, exhorta a sus hijos, exhorta a sus allegados a que concurran a los sacramentos, diciendo: "Comed amigos míos, y bebed y embriagaos, hermanos míos" (106). Qué hemos de comer y qué hemos de beber, en otra parte lo expresó el Espíritu, por los profetas, diciendo: "*Gustad*, y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el hombre que espera en El" (107). En este sacramento está Cristo, porque es el cuerpo de Cristo. No es, pues, un alimento corporal sino espiritual. Por eso también dice el Apóstol, al hablar de su tipo (figura), que "nuestros padres comieron un alimento espiritual y bebieron una bebida espiritual" (108). Porque el cuerpo de Dios es cuerpo espiritual, el cuerpo de Cristo es cuerpo del Espíritu divino, porque Cristo es espíritu, como leemos: "espíritu (o aliento) es Cristo Señor ante nuestro rostro" (109). Y en la Epístola de Pedro hallamos: "Cristo murió por nosotros" (110). En fin, esta comida corrobora nuestro corazón y esta bebida alegra el corazón del hombre, como recordó el profeta (111).

59. Así, después de haber recibido todo, sabemos que hemos sido regenerados ¿y no habríamos de decir cómo hemos sido regenerados? ¿Acaso volvimos al seno de nuestra madre y renacimos? (112). No, aquí no reconozco el curso ordinario de la naturaleza. No se da el orden de la naturaleza aquí donde brilla la excelencia de la gracia. Además, no siempre se produce la generación por el curso ordinario de la naturaleza: nosotros confesamos que Cristo Señor fue engendrado de una virgen y negamos el orden de la naturaleza. Porque María no concibió por obra de varón sino del

Espíritu Santo, como dice San Mateo: “se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo” (113). Si, pues, sobreviniendo el Espíritu Santo a una Virgen produjo la concepción y llevó a cabo la obra de la generación, ciertamente no hay que dudar que, sobreviniendo a una fuente o sobre aquellos que se llegan al Bautismo, produce la realidad de la regeneración.

NOTAS

1. En los sacramentos se atiende más al rito, en los misterios al sentido recóndito de la Escritura.
2. Marcos 7, 34. Véase *Sacramentos* I, 2.
3. Véase *Sacramentos* I, 5.
4. Malaquías 2, 7. Cf. *Sacrament.* I, 7.
5. El Occidente es símbolo del diablo; el Oriente, de Cristo.
6. Cf. *Infra* 20 y *Sacrament.* I, 15 y 18.
7. II Corintios 4, 18.
8. Romanos 1, 20.
9. Juan 10, 38.
10. Génesis 1, 2. La acción fecundante (y su presencia, porque el agente está donde obra) surge más significativamente de la palabra hebrea que, según Solowiew (*Fundamentos Espirituales de la Vida*; Edic. Platón, Bs.), expresa la idea "incubar" o "empollar". En este sentido se invoca al Espíritu Santo en sus letanías: "Espíritu del Señor que al comienzo de la creación, *incubando las aguas*, las fecundaste" (Se distingue la presencia ["incubando"] y la operación ["fecundaste"]). El Espíritu de Dios es principio de toda vida: cf. Salmo 33, 6; Job 33, 4; Ezeq. 37, 10; Juan 6, 64; Judith 16, 17; Salmo 103, 30.
11. Salmo 32, 6.
12. Génesis 6, 3.
13. Véase *Sacrament.* II, 23 y II, 9.
14. I Corintios 10, 1-2.
15. Exodo 15, 10.
16. Lucas 1, 35.
17. Juan 1, 17.
18. Exodo 15, 23-25. Véase *Sacrament.* II, 12.
19. Están bien visibles los elementos del sacramento. Forma: palabras que pronuncia el sacerdote. Materia: agua. Ministro: el sacerdote. Sujeto: el hombre. Así, pues, en un *signo sensible y eficaz de la gracia*.
20. Como si dijera: se ve penetrativamente mediante el espíritu; o mente, que en lenguaje místico equivale a: centro o fondo o ápice del alma, donde mora Dios por la Gracia (Cf. Sto. Tomás. *De veritate*, q. 16, a. 2 ad. 3). Pueden verse otras acepciones y citas en "Evolución Mística" del R. P. Arintero (Edic. B.A.C., 1952, nota 19, pág. 109). También puede referirse al conocimiento *por el amor* (que también *mente* quiere decir *corazón*): cf. I Juan 2, 8 y Filipenses 1, 9.
21. IV Reyes 5, 1-14. Cf. *Sacrament.* I, 13-14 y II, 8.
22. Es decir, es un misterio que no sólo supera toda sensación, imaginación y pensamiento humano, sino hasta los mismos deseos del corazón.
23. I Juan 5, 8.
24. Sin la efusión de la sangre de Cristo en la Cruz, no hay redención (Hebreos 9, 22): la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado (I Juan 1, 7).
25. Juan 3, 5.
26. Esto es, no basta que Jesús haya derramado su sangre en la Cruz, ni que el agua esté consagrada para el bautismo, es menester aún la FE para recibir eficazmente el Bautismo con sus efectos: remisión de pecado o pecados, efusión de la Gracia santificante por la cual nos hacemos hijos de Dios, etc.
27. Véase *Sacrament.* II, 17-19 y 23.
28. Juan 5, 4. Cf. *Sacrament.* II, 3, 6-7.

29. Mateo 7, 8.
30. Juan 1, 32 y 33.
31. Lucas 3, 22. Cf. *Sacrament.* II, 14.
32. Mateo 10, 16.
33. Filipenses 2, 7.
34. Juan 5, 37.
35. Mateo 3, 17.
36. Salmo 28, 3.
37. Jueces 6, 21. III Reyes 18, 38.
38. Mateo 18, 20.
39. Véase el Prefacio de la misa de los domingos. La excepción quiere decir que creemos que sólo el Hijo se encarnó y, como hombre, padeció el suplicio y la muerte de cruz. Cf. *Sacrament.* II, 20.
40. Salmo 132, 2. Cf. *Sacrament.* II, 24 y III, 1.
41. Cantar 1, 2.
42. Cantar 1, 3.
43. Eclesiastés 2, 14. Cf. *Sacrament.* III, 1 y su nota.
44. I Pedro 2, 9. Cf. *Sacrament.* IV, 3.
45. En el *Veni Creator* llamamos al Espíritu Santo: "Unción espiritual", porque, como dice el R.P. Arintero (*op. cit.*, p. 171). El nos unge, con su misma comunicación, convirtiéndonos en *ungidos* del Señor, en verdaderos *Cristos*, y así nos *sella* invisiblemente con la imagen del Verbo.
46. Véase nota a *Sacrament.* IV, 3.
47. Cf. *Sacrament.* III, 4-7.
48. Juan 13, 8.
49. Juan 13, 9-10.
50. Aquí "pecado", está tomado por "concupiscencia" (*De Jacob*: "conocí que la concupiscencia es el pecado").
51. Juan 13, 14.
52. Filipenses 2, 8.
53. Salmo 50, 9.
54. Exodo 12, 22.
55. Marcos 16, 5.
56. Isaías 1, 18.
57. Cf. Cantar 1, 4.
58. Cf. Cantar 6, 9 y 8, 5.
59. Salmo 23, 7.
60. Isaías 63, 1.
61. Cf. Zacarías 3, 3. II Corintios 5, 21. Filipenses 2, 7. I Pedro 2, 24.
62. Cf. Tito 3, 3.
63. Cantar 4, 1.
64. Cantar 4, 2-3.
65. Cantar 4, 7.
66. Cantar 4, 8.
67. Cantar 7, 6-7.
68. Cantar 8, 1-12.
69. El Espíritu Santo es llamado Don de Dios, Don del Altísimo.
70. Cantar 5, 8.
71. Cantar 8, 6.

72. Cantar 4, 7.
73. Cantar 8, 7.
74. Cf. *Sacrament.* III, 8 y su nota.
75. Isaías 11, 2-3.
76. Cf. I Corintios 1, 21-22.
77. Salmo 42, 4.
78. Cf. Salmo 102, 5.
79. Salmo 1-2, 12 y 4-5. Cf. *Sacrament.* V, 13.
80. I Corintios 2, 9.
81. Génesis 14, 14-19.
82. Hebreos 7, 2.
83. A Dios propiamente conviene por esencia ser la justicia, la paz, etc. Así, Dios es Justicia, el hombre es justo...
84. Apocalipsis 1, 8.
85. Exodo, XVI, 15.
86. Salmo 77, 25.
87. Juan 6, 49 y 59.
88. Exodo 16, 20.
89. Juan 6, 50.
90. I Corintios 10, 4-6.
91. Exodo 4, 3-4.
92. Exodo 7, 19-21.
93. Exodo 14, 21-22.
94. Josué 3, 16. Salmo 113, 5.
95. Exodo 17, 6.
96. Exodo 15, 23-25.
97. IV Reyes 6, 5-6.
98. Cf. *Sacrament.* IV, 14, 19, 21 y 22.
99. Salmo 148, 5.
100. Cf. *Sacrament.* IV, 25.
101. Cantar 4, 10-12.
102. Cantar 4, 16.
103. Mateo 3, 8 y 10. Juan 15, 5.
104. Cantar 5, 1.
105. Cf. Mateo 25, 36.
106. Cantar 5, 1.
107. Salmo 33, 9.
108. I Corintios 10, 3.
109. Lamentaciones 4, 20 (En especial vers. LXX). Sostiene, pues, San Ambrosio, que Cristo en la Eucaristía es verdadera comida, pero espiritual. Su cuerpo, es verdadero cuerpo humano, como el nuestro, pero totalmente penetrado y poseído por el Espíritu Santo, y glorificado, al cual se asemejará el nuestro después de la Resurrección (Cf. Filip. 3, 21). Recuérdese que si bien la Encarnación es obra de la Santísima Trinidad — apropiada al Espíritu Santo—, solamente “el Verbo se hizo carne”, pero carne (totalmente pura) del nuevo Adán el “hombre espiritual”, opuesto al viejo Adán, el hombre carnal o de pecado (Cf. I Cor. 15, 45-49).
110. I Pedro 2, 21.
111. Salmo 103, 14-15.
112. Cf. Juan 3, 4.
113. Mateo 1, 18.

INDICE ANALITICO (1)

AARON, S. IV, 3.

Abjuración, S. I, 5, M. 5.

Agua

— del Bautismo, S. III, 3, M. 20.

— bendición de agua, S. I, 15, 18; II, 14. M. 8, 20, 22.

— del costado de Cristo, S. V, 4.

— en la Creación, M. 9.

— su mezcla en el Cáliz, S. V, 2-3.

— de la Piedra, S. V. 3. M. 51.

Altar, S. III, 11; IV, 7; V, 7, M. 43.

Altar de los perfumes (timiamaterio), S. IV, 4.

Amén, S. IV, 25. M. 54.

Angel (ver Sacerdote).

Angel de la piscina probática, S. II, 3-4. M. 22-24.

Apertura, S. I, 2-3. M. 3-4.

BAUTISMO

— sus efectos, S. II, 1; III, 14-15. M. 12.

— su fórmula, S. II, 10, 14, 22. M. 20.

— muerte y resurrección, S. II, 17-19, 23; VI, 7-8. M. 21.

— de Jesús, S. I, 15-16.

— falso, S. II, 2.

Baptisterio, S. II, 20; IV, 2. M. 5.

Bendición del agua (ver Agua).

CALIZ, S. V., 2.

Canon de la Misa, S. IV, 21-22, 27.

Carne de Cristo, S. IV, 14. M. 53.

Catecúmeno, S. III, 12.

Ciego de nacimiento, S. III, 11.

Columna de luz y nube, S. I, 22. M. 12-13.

Comunión, S. IV, 23-25, 28; V, 12.

Comunión cotidiana, S. V, 25; VI, 24.

Confirmación, S. III, 8. M. 42.

Consagración eucarística, S. IV, 14, 19, 21-22. M. 50.

Consignación, S. III, 10, M. 20.

Cristo.

— su bautismo, S. I, 15-16.

- su cuerpo, S. I, 6; V, 12, 24; VI, 4. M. 54.
- su sangre, S. V, 4.
- su nacimiento de virgen, S. IV, 12, 17. M. 13, 53-59.
- sus nupcias, S. V, 8.
- sus símbolos:
 - a) Piedra, S. V, 3, M. 59.
 - b) Luz, S. I, 22.
 - c) Melquisedec, S. IV, 10-12; V, 1-2. M. 45-46.
 - d) El altar, S. IV, 7; V, 7.

Crurifragium, S. V, 4, nota.

Cruz.

- en el bautismo, S. II, 6.
- en el símbolo, S. III, 14-15. M. 28.
- señal o signo de la, M. 20.

Cuervo (figura del pecado), M. 11.

DEMONIO, símbolo del (ver Occidente).

Diluvio, S. I, 23; II, 1. M. 10.

Dones (ver Espíritu).

EFFETA, S. I, 2-3. M. 3-4.

Elías, S. II, 11. M. 26.

Eliseo, S. II, 11, 13; IV, 18. M. 51.

Espíritu.

- de Jesús, S. I., 17-18. M. 25.
- en el Bautismo, S. I, 15, 17. M. 9, 19-20, 24, 59.
- en el bautismo de Jesús, S. VI, 9. M. 24.
- en la Creación, M. 9.
- en Pentecostés, S. II, 15.
- en la Columna de nube, S. I, 22.
- es Don, M. 40 y nota 69.
- es Sello, S. III, 8 y nota 40.
- es Unción, M. 30 y nota 45.
- es Paráclito (Consolador), S. VI, 10.
- sus dones, S. III, 8-10; VI, 9. M. 42.

Eucaristía (ver Comunión).

- participación de la Divinidad, S. VI, 4.
- sacrificio, S. IV, 27.
- comida espiritual, S. V, 13-14. M. 58 y nota 109.
- medicina celestial, S. V, 25.

- débese estar en Gracia para recibirla, S. V, 5-7.
 - a ella se refiere el Salmo 22, S. V, 13.
- Exorcismo del agua, S. I, 18.

FE, S. I, 2; II, 15, M. 22, 27.

Fuente bautismal, S. I, 9; III, 1.

Fuego del cielo, M. 26-27.

Fuente Mara, S. II, 12; IV, 18. M. 14, 51.

GRACIA, S. I, 1-15; III, 1; IV, 6; V, 4-19. M. 23.

— se requiere para comulgar, S. V, 5-7.

— se pierde por pecado grave (mortal), M. 10.

— su poder es mayor que el de la naturaleza, M. 52.

HACHA (ver Segur).

IGLESIA

— sus símbolos (cautiva entre gentiles), S. II, 8. M. 18.

— sus nupcias, S. V, 8.

Iglesia de Roma, S. I, 1; III, 5.

JEROBAAL (ver fuego del cielo), M. 26.

Jordán (río), S. II, 8. M. 16, 51.

LANZA (ver costado de Cristo).

Lavatorio de los pies, S. III, 4-7. M. 31-33.

Leño (ver Madero).

Luz, símbolo de Cristo, S. I, 22.

MADERO (figura de la Cruz), S. II, 11-13. M. 10-11, 14.

Mandato (ver Lavatorio de los pies).

Manos (la elevación de las), S. VI, 18 y nota.

Mara (ver Fuente).

Mar Rojo, S. I, 8, 12, 20. M. 12, 51.

Melquisedec. S. IV, 10-12; V, 1-2. M. 45-46.

Mente (sus acepciones), S. VI, 12.

Misterios de los judíos, S. I, 11-23; IV, 10. M. 44-46.

Mujer (en qué radica su encanto y fuerza), S. VI, 21.

NAAMAN, S. I, 9, 13-14; II, 8. M. 16-17.

Nube (ver Columna de).

OCCIDENTE (símbolo del diablo), M. 7.

Oración (sus partes y modo de orar). S. V, 18-29; VI, 11-22.

Oración dominical (ver Padrenuestro).
Oriente (símbolo de Cristo), M. 7.

PADRENUESTRO, S. V, 18-19; VI, 24.

Paloma, S. II, 14. M. 10-11, 24-25, 37.

Pan, ofrecido por Melquisedec, S. IV, 12. M. 44.

Pan de vida, S. IV, 24; VI, 4.

Paralítico, S. II, 5-7. M. 22-24.

Pecado.

— generalmente el diablo es quien nos hace pecar, S. V, 30.

— la Gracia aleja al pecado, S. II, 13.

— la Santísima Trinidad lo perdona, S. II, 22.

— la muerte le pone fin, S. II, 17.

— hace árida al alma, S. IV, 2.

— el Bautismo lo borra, S. III, 7; V, 19.

— la Eucaristía fortalece contra él, S. IV, 28.

— el pecado de Pedro, S. II, 21.

— no hay hombre sin pecado, S. III, 13.

— grave, hace perder la gracia, M. 10.

Pentecostés, S. II, 15.

Pez (su simbolismo), S. III, 3 y nota.

Piedra (figura de Cristo), S. V, 3. M. 51.

Piscina de Siloé, S. II, 3. M. 22-24.

Presencia de Dios en el Bautismo, S. I, 18. M. 8, 27.

Presencia de Dios en la Eucaristía, S. IV, 20-22, 27; VI, 1-2.
M. 54.

REALEZA del cristiano, S. IV, 3. M-30.

Regeneración, S. III, 2. M. 35, 59.

Remisión de los pecados, S. III, 12-13; IV, 8; V, 6, 17. M. 41.

Renuncia al diablo (ver Abjuración).

Roma (ver Iglesia de).

SACERDOCIO del cristiano, S. IV, 3. M. 30.

Sacerdote.

— es ángel de Dios, S. I, 7. M. 6.

— considerarle por su investidura, M. 27.

— invocación del sacerdote, S. I, 18; III, 9; M. 27.

Sancta Sanctorum (ver Tabernáculos).

Sangre de Cristo, S. IV, 19, 22-23, 28. V, 4; VI, 1.

Segur (hacha), S. II, 11; IV, 18. M. 51.
Sepulcro (simbolizado por la fuente), S. II, 19, 23; III, 1.
Símbolo bautismal, S. II, 20. M. 21, 28.

TABERNACULO o tiendas, S. IV, 1-2.
Timiamaterio (ver Altar de los perfumes).
Trinidad, S. II, 14-22; VI, 5, 8. M. 7, 21.

UNCION (ver Espíritu).
– prebautismal, S. I, 4.
– posbautismal, S. II, 24; III, 1. M. 29.

VARA de Aarón, S. IV, 3.
Vara de Moisés, S. I, 22; V, 3. M. 51.
Vestimenta cándida (bautismal), S. V, 14. M. 34-35.

NOTA

1. Se indica *Los Sacramentos* con la letra S, y *Los Misterios* con la letra M. Los números romanos indican el Libro (en los Sacramentos) y los arábigos son los números marginales primitivos del texto latino.

INDICE GENERAL

	Págs.
SAN AMBROSIO Y SUS OBRAS	3
LOS SACRAMENTOS	
LIBRO PRIMERO	
Capítulo I	13
Capítulo II	14
Capítulo III	15
Capítulo IV	15
Capítulo V	16
Capítulo VI	18
LIBRO SEGUNDO	
Capítulo I	21
Capítulo II	21
Capítulo III	23
Capítulo IV	23
Capítulo V	23
Capítulo VI	25
Capítulo VII	26
LIBRO TERCERO	
Capítulo I	29
Capítulo II	31
LIBRO CUARTO	
Capítulo I	35
Capítulo II	36
Capítulo III	37
Capítulo IV	38
Capítulo V	40
Capítulo VI	41
LIBRO QUINTO	
Capítulo I	43
Capítulo II	43
Capítulo III	45
Capítulo IV	46

	Págs.
LIBRO SEXTO	
Capítulo I	51
Capítulo II	52
Capítulo III	53
Capítulo IV	54
Capítulo V	55
LOS MISTERIOS	
Capítulo I	63
Capítulo II	64
Capítulo III	64
Capítulo IV	67
Capítulo V	69
Capítulo VI	70
Capítulo VII	71
Capítulo VIII	73
Capítulo IX	75
INDICE ANALITICO	83